

CENIZA, SOMOS CENIZA...

CLARK CARRADOS

De pronto, sacó las manos que, hasta entonces, había tenido escondidas bajo la mesa.

La derecha ofrecía un aspecto normal. A la izquierda, en cambio, le faltaban varias falanges de los dedos.

En el anular, se veía un hueso blanco, completamente al descubierto. Era la segunda falange y, a partir de la articulación, la carne tenía un horrible color gris.

Con los pelos de punta, Quax pudo ver el leve polvillo que se desprendía de la mano de Kenner, como si fuese de auténtica ceniza, agitada por una ligera brisa. Quax sintió que se mareaba.

De repente, el hueso de la falange se desprendió. Cayó sobre la mesa, rebotó un poco, rodó hasta el borde y acabó en la alfombra.

—Y no siento el menor dolor, pero vivo, me estoy convirtiendo en ceniza.



Clark Carrados

Ceniza, somos ceniza…

Bolsilibros: Selección Terror - 28

ePub r1.0

Titivillus 27.01.15

Título original: *Ceniza, somos ceniza…*
Clark Carrados, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—El doctor Daniels debe morir —dijo Galton Morris.

Alina Sutterland, treinta años, hermosa, muy sofisticada, se estremeció.

—¿No hay otro remedio? —inquirió.

Ford McCroyd se llevó la mano a la mejilla izquierda.

—Me parece que la señal de la bofetada no se ha ido del todo aún —contestó—. La recibí yo físicamente, es cierto, pero fue una bofetada dirigida a la sociedad, a todos nosotros, en suma.

—McCroyd tiene razón —dijo Simon Gates, grueso, calvo, con aire de candidato a la apoplejía —. El doctor Daniels ha traicionado los términos de nuestra asociación, Por tanto, debe morir.

—¿Es que no hay otra solución? —preguntó Freya Wiesser, alta y rotunda como una *walkyria*, aunque con más años de los que quería aparentar.

—¿Es usted capaz de dar con esa otra solución? —contestó Morris.

Freya meneó la cabeza.

—No, lo siento —admitió.

—Estamos aquí tres mujeres —dijo Kitty Moore, alta, delgada y de pelo de ala de cuervo, mientras colocaba un cigarrillo en una larga boquilla de ámbar—. No ganaríamos, probablemente, un campeonato de belleza, pero tampoco estamos como para que no se nos mire a la cara. En resumen, estamos medianamente apetecibles…

—Muy apetecibles —puntualizó Jack Kenner, comiéndose a Alina con la mirada.

—Bueno, pero ¿a qué viene todo esto? —exclamó Guy Keryac, impaciente—. Tenemos ojos en la cara, ya vemos que ustedes tres son hermosas…

—Mi observación venía a cuento, sencillamente, de que habiendo fracasado la persuasión, podríamos haber intentado, una cualquiera de nosotras, seducir al doctor Daniels. Pero es un terrible misántropo y ni ese recurso daría resultado. Por tanto, me adhiero a la propuesta de Galton Morris: el doctor Daniels debe morir.

—Somos ocho —dijo McCroyd—. Cada uno de nosotros aportó doce mil quinientas libras esterlinas, lo que, en total, hizo un capital de cien mil, que se entregaron íntegras al doctor Daniels, para financiar los experimentos, que con tan buen éxito han terminado. Esperábamos ganar, por lo menos, cien mil libras cada uno, cuando se hubiese vendido la patente de su descubrimiento, pero ahora resulta que el doctor Daniels no quiere cederla.

—A mí quien me la hace me la paga —masculló Kenner con hosquedad.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la Wiesser, a la vez que expulsaba el humo de su cigarrillo.

—Me gustaría saber por qué Daniels no quiere cedernos la patente de su descubrimiento, como habíamos convenido —manifestó Kitty Moore.

—Escrúpulos, absurdos escrúpulos —contestó Morris—. Dice que es un arma demasiado terrible para ponerla en manos de la gente…

—¡Tonterías! —bufó Keryac—. De repente, va y le entran ansias moralizantes. Hombre, podía haberle pasado antes de que le diésemos nuestro dinero.

—Pero le ha ido a suceder ahora —dijo McCroyd, a la vez que pegaba un fuerte puñetazo en la mesa—. Y, por tanto, hemos de poner término a este enojoso asunto.

—Si le matamos, no tendremos la patente —alegó la Sutterland, con no poca lógica.

—Es que se pueden conseguir las dos cosas a un precio mínimo —aseguró Morris.

—Eso ya está más interesante —exclamó Gates.

—¿Quién, cómo y cuánto? —preguntó la Wiesser, sin dejar de mordisquear el largo cabo de su boquilla de ámbar.

—De *quién* me encargaré yo personalmente —respondió Morris—. De *cómo* el encargado de la ejecución, por supuesto. Respecto al *cuánto,* lo dejaremos en mil quinientas libras cada uno.

—¡Otras mil quinientas más! —Se estremeció Keryac.

—Garantizo el éxito —dijo Morris enfáticamente.

—¿En los dos aspectos del problema? —Quiso saber la Moore.

—En los dos: liquidar a Daniels y conseguir los documentos de la patente.

—En ese caso, no se hable más —dijo Kenner—. Sometamos el asunto a votación.

—¿Bolas blancas y negras? —preguntó la Sutterland, con una risita que tenía bastante de nerviosa.

El pulgar de Kenner se puso hacia abajo.

—Así —contestó significativamente.

Siete pulgares más se colocaron en la misma postura que el de Kenner.

* * *

Los dos hombres se acercaron cautelosamente al edificio que se divisaba entre las sombras. A la izquierda se oía el ruido de la cascada del arroyo que nacía en los límites de la propiedad.

Detrás del edificio había una alta colina, cubierta de abundante bosque, donde por un extraño fenómeno de la naturaleza, brotaba aquel caudaloso arroyo que, a unos quinientos metros de distancia, se despeñaba por un barranco de considerable profundidad. Era un lugar encantador, lleno de belleza, aunque ahora, la oscuridad de la noche, impidiese apreciar los atractivos del paisaje.

Los dos hombres llegaron a la casa, una construcción antigua, de planta, primer piso y ático, con picudo techo de pizarra. Las luces estaban apagadas por completo.

Había bastantes árboles en el parque que rodeaba el edificio. El rumor de las hojas, movidas por una suave brisa, y el ruido de la cascada, situada a unos setenta u ochenta metros de distancia, eran los únicos ruidos que se percibían en la noche.

Los dos sujetos conocían bien el edificio, merced al plano que les había sido facilitado y que se habían aprendido de memoria. Además, se movían con rapidez y silencio.

El cristal de una de las ventanas del piso bajo fue cortado con un diamante y el paso quedó franqueado. Warren Hards y Tommy Keany penetraron en la casa.

—La sirvienta —dijo Keany.

Hards hizo un signo de asentimiento. Provisto de una diminuta linterna, subió al ático. Vestía enteramente de negro, incluso con un gorro de punto sobre la cabeza, y sus zapatos tenían gruesas suelas de goma.

Keany esperó en la planta. Hards bajó a los pocos momentos.

—La sirvienta está fuera de combate —anunció—. Dormirá una docena de horas, por lo menos.

—Bien, ahora el profesor —dijo Keany—. Eso es cosa tuya, Warren.

—Sí —contestó Hards escuetamente.

Y se dirigió hacia la puerta situada al fondo y en el otro lado de la cual se hallaba el laboratorio de Vinson H. Daniels.

Abrió. Daniels estaba enfrascado en su trabajo, sentado en un alto taburete, estudiando algo a través del microscopio.

Hards tenía una pistola provista de un largo silenciador. Apuntó cuidadosamente y disparó.

Daniels lanzó un ahogado gemido. Su cabeza, que empezó a sangrar en el acto, osciló a un lado y a otro. Luego, su cuerpo pareció convertirse en un fláccido montón de trapos, que se derrumbó al suelo a los pocos segundos.

Los dos hombres irrumpieron corriendo en el laboratorio.

—La caja fuerte está allí —dijo Hards—. Apresúrate, Tommy.

Keany se acercó al cofre fuerte. Hasta entonces, como su compañero, había usado guantes. Se los quitó y empezó a hacer girar la manecilla de la combinación de apertura, a la vez que escuchaba el ruido de los engranajes, con la ayuda de un fonendoscopio.

Minutos más tarde, hizo girar la puerta a un lado. Sonreía satisfecho al anunciar:

—Sus documentos, *milord*.

Hards escudriñó el interior de la caja, mientras Keany borraba cuidadosamente sus huellas dactilares con la ayuda de un pañuelo. Momentos después, Hards extraía un grueso sobre, en cuyo anverso se leía:

PATENTE Y DESCRIPCIÓN
DEL MÉTODO DE OBTENCIÓN
DEL PRODUCTO C-400 (CINIS)

—Muy bien, ya tengo lo que buscaba —dijo.

Y guardó el sobre bajo el *pullover*, sujetándolo con el cinturón de los pantalones.

—Vámonos —exclamó Keany.

—Aguarda; el profesor tiene que desaparecer. Ayúdame a llevarlo hasta el barranco.

—Muy razonable, Warren.

Momentos más tarde, los dos hombres hacían balancear el cuerpo del científico.

—Uno…, dos…, tres…

El cadáver saltó al espacio y se perdió en la negrura que había al otro lado del borde del precipicio. Keany se inclinó un poco hacia delante.

—No he oído el ruido de la caída —alegó.

—La cascada es demasiado ruidosa —dijo Hards.

—Sí, quizá tengas razón.

Y se volvió, pero entonces vio a Hards apuntándole con su pistola.

—¡Eh, tú! ¿Qué diablos…?

La pistola escupió un silencioso fogonazo. Keany sintió un vivísimo dolor en el pecho.

A pesar de todo, no cayó. Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió mantenerse en pie.

Pero se debilitaba rapidísimamente. Sonriendo con supremo cinismo, Hards se le acercó y le empujó hacia atrás.

Keany lanzó un agudísimo alarido al caer al abismo. Esta vez sí se oyó el ruido de su cuerpo, estrellándose contra las rocas del fondo.

Hards ya no se entretuvo más. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el automóvil que les había llevado hasta allí, el cual había quedado a una distancia prudencial de la casa.

Al abrir la portezuela, vio que había dentro un individuo y se sobresaltó enormemente.

—Tranquilízate, soy yo —dijo Morris.

—Me ha asustado un poco —confesó Hards, sonriendo de mala gana.

—Lo comprendo —respondió el otro con indiferencia—. ¿El sobre?

Hards lo sacó de su escondite.

—¿El dinero? —dijo en el mismo tonillo que Morris.

—Lo tengo preparado. Te llevarás doble ración, Warren.

—Sí —contestó Hards con indiferencia—. Todo ha salido como usted lo deseaba.

—Eso mismo pienso yo —dijo Morris.

Y mientras con la mano izquierda alargaba hacia el otro el sobre que contenía la suma prometida, con la derecha empuñaba una pistolita, cuyo cañón se inflamó tres veces.

Hards cayó al suelo, aullando y pataleando. Morris se apeó y le hizo callar con el cuarto disparo, dirigido a su frente.

El sobre con el dinero estaba caído en el suelo. Morris lo recogió y se marchó a pie. Su coche estaba a cien metros, en la próxima curva del camino.

* * *

El sobre pasó de mano en mano y todos pudieron leer claramente las palabras escritas en el anverso. Morris, satisfecho, sonreía mientras contemplaba los rostros de sus consocios.

—Tus hombres hicieron una buena labor —elogió McCroyd.

—¿Son seguros? —preguntó la Sutterland.

—¿No se irán de la lengua? —dudó Gates.

—Callarán, lo aseguro —dijo Morris.

—Deben de ser dos tipos muy hábiles —opinó la Wiesser.

—¡Han pertenecido tres años a los comandos del Ejército! Sabían hacer de todo —explicó Morris.

—Me gustaría ver el contenido de ese sobre —manifestó la Moore.

—No entendería usted gran cosa, porque todo son fórmulas químicas, pero si es ese su gusto…

Kitty rasgó el sobre. Un mazo de cuartillas cayó sobre la mesa.

—¿Qué demonios es esto? —gritó—. Todos los papeles están en blanco.

Los ojos de Morris se dilataron por el asombro.

—¡Me han engañado! —aulló, ocultando el hecho de que se había quedado con las doce mil

libras que iban a ser el pago de Hards y Keany.

—Esperen —exclamó Keryac—. Ahí veo unas líneas escritas…

La primera cuartilla del paquete contenía un mensaje, escrito con grandes letras mayúsculas:

> A DECIR VERDAD, NO ME FIO DE USTEDES. PRESIENTO QUE QUIEREN QUITARME DE EN MEDIO, UNA VEZ HAYAN CONSEGUIDO MI FORMULA C-400. HE REFLEXIONADO LARGAMENTE Y HE LLEGADO A LA CONCLUSIÓN DE QUE ES UN ARMA DEMASIADO TERRIBLE PARA PONERLA EN MANOS DE ALGUIEN QUE PODRÍA UTILIZARLA INDISCRIMINADAMENTE, CON RESULTADOS CATASTRÓFICOS PARA LA HUMANIDAD. POR TANTO, HE DESTRUIDO CUANTAS NOTAS Y APUNTES HABÍA TOMADO DE MIS EXPERIMENTOS, DESDE EL PRINCIPIO DE LOS MISMOS, HASTA LLEGAR A LA FORMULA FINAL C-400. PERO, SI MUERO, TODOS USTEDES RECIBIRÁN UNA DOSIS DEL C-400. Y YA SABEN LO QUE ESO SIGNIFICA. EN TAL CASO, SERIA MI VENGANZA PÓSTUMA.
>
> VINSON H. DANIELS.

Un escalofrío recorrió ocho espaldas. Durante unos momentos, todos los presentes se sintieron helados de horror.

Morris fue el primero que reaccionó. Pegó un fuerte puñetazo en la mesa y exclamó:

—¡Tonterías! El doctor Daniels está muerto y bien muerto. No puede salir de su tumba para vengarse de nosotros. Hemos perdido un montón de dinero, eso es todo.

CAPÍTULO II

El hombre que subió ágilmente los seis escalones que separaban la entrada de la casa del suelo del jardín, era joven, tenía unos treinta años y estaba físicamente bien constituido. Leigh Quax no tenía la menor idea de los motivos que le habían impulsado a Jack Kenner para hacerle acudir a su lujosa residencia, situada en el campo, a ciento veinte kilómetros de Londres.

Hacía bastantes años que no veía a Kenner. Quax había llegado a pensar que Kenner se había olvidado de él por completo. Los negocios le absorbían demasiado tiempo. Eso no era bueno, pensaba el joven; Kenner tenía ya suficiente dinero como para no ambicionar más y dedicarse a la buena vida. Pero, por lo visto, *suficiente dinero* resultaba poco para según qué clases de tipos.

El alto y estirado mayordomo que abrió la puerta resultaba desconocido para Quax. Claro que también hacía años que no pisaba aquella casa…

—Soy Leigh Quax —se anunció—. El señor Kenner me espera.

—Es cierto —admitió el mayordomo—. Tenga la bondad de pasar, señor Quax.

Los dos hombres atravesaron el ancho y espacioso vestíbulo. El mayordomo abrió una puerta.

—Señor, el señor Quax —anunció.

Una voz gruesa, blanda, como emitida a través de unos algodones, llegó a oídos del joven.

—Entra, entra —dijo Kenner—. Simmons —se dirigió al mayordomo—, el señor Quax y yo tenemos que hablar reservadamente. Que nadie nos moleste bajo ningún concepto. No contestaré a ninguna llamada telefónica. ¿Entendido?

—Bien, señor.

Quax entró en el despacho. Vio a Kenner y se asombró extraordinariamente del aspecto que presentaba el dueño de la casa.

Siete u ocho años antes, Jack Kenner era un sujeto tremendamente robusto y que, a sus cuarenta años, atraía a las mujeres como la miel a las moscas, y no sólo por su dinero. Ahora estaba convertido en una sombra de sí mismo, con el rostro ceniciento y los ojos sin el brillo de audacia y decisión que siempre le había caracterizado.

—Señor… —dijo el joven, irresoluto.

Kenner sonrió tristemente.

—Te extraña verme así, ¿no es cierto? —contestó—. Bien, anda, sírvete una copa. Tengo que contarte muchas cosas; para eso te he llamado. Y también para que me ayudes. Te necesito, Tony, te necesito desesperadamente.

Quax asintió. Tony era el apelativo familiar que Kenner había usado siempre para dirigirse a él.

—Pero ¿qué le sucede, señor? ¿Es que padece alguna enfermedad muy grave?

—Sí, padezco la incurable enfermedad de la muerte —contestó Kenner.

* * *

Tratando de coordinar sus pensamientos, Quax se acercó a un aparador con servicio de licores.


Mientras llenaba una copa, pudo fijarse que Kenner tenía constantemente las manos bajo la mesa de despacho.

Después de tomar un sorbo de Jerez, se sentó frente a la mesa.

—¿Y bien, señor? —dijo.

—Tony, tú y yo tuvimos diferencias en el pasado. Quizá yo era demasiado rígido contigo, pero cuando murieron tus padres, prometí cuidar de ti…

—Y lo hizo muy bien, señor. Nunca agradeceré bastante sus desvelos. Gracias a usted, soy lo que soy, aunque también he de reconocer que tengo el genio bastante vivo.

—En el fondo, me agradó que tratases de crearte una posición por ti mismo. La verdad, yo era un solterón y no tenía quien me sucediera; por eso quería tenerte a mi lado, para encomendarte algún día la dirección de mis negocios. Pero las finanzas es algo que no te atrae, me parece.

—En absoluto, señor. No obstante, si usted necesita mi ayuda, haré lo que sea, sinceramente, sin imponerle ninguna condición.

—Gracias, Tony —dijo Kenner, sonriendo tristemente—. Y ahora, dime, ¿has oído hablar alguna vez del doctor Daniels?

—No tengo la menor idea. ¿Quién es ese tipo, señor?

—Ya no existe. Nosotros lo hicimos asesinar.

Quax perdió el aliento unos instantes.

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —exclamó al recobrar el habla.

—Éramos ocho. Formamos una sociedad para explotar el descubrimiento del doctor Daniels. Cada uno de los socios aportamos doce mil quinientas libras, a fin de constituir un fondo de cien mil, que se entregaron íntegramente a Daniels. Con esa suma, pudo proseguir sus investigaciones, pues él había agotado ya todo su capital. Sólo le quedaba su propiedad de Black Falls Manor, pero no quería venderla a ningún precio, ni tan siquiera hipotecarla. Bien, el caso es que un día nos anunció que sus investigaciones hablan terminado con un éxito rotundo. Pero también nos enteramos de que no quería cedernos la patente, como estaba convenido. Entonces fue cuando acordamos matarlo y apoderarnos de la documentación referente al C-400, el nuevo producto que él había descubierto.

Kenner se interrumpió unos segundos. Quax empezó a ponerse en pie.

—Le traeré una copa, señor; creo que la necesit…

—¡No, no quiero beber! —dijo Kenner casi con violencia—. Déjame seguir hablando, Tony. Bien…, después de tomar ese acuerdo, aceptamos que uno de los socios se encargase de ponerlo en ejecución. Daniels murió, no sé cómo, creo que ninguno nos preocupamos de la forma en que había sido asesinado, y el sobre con los documentos relativos al C-400 llegó a nuestro poder.

»Pero sólo había una cuartilla escrita; todos los demás papeles estaban en blanco. No sé cómo, Daniels había sospechado lo que le podía suceder, después de su negativa, y escondió toda la documentación del C-400, poniendo en su lugar un paquete de cuartillas en blanco. El mensaje decía que su producto era demasiado terrible para ponerlo en nuestras manos y que lo hacía por el bien de la humanidad. Igualmente decía que si moría, cada uno de nosotros recibiría una dosis del C-400, como su venganza póstuma.

—¿Qué significa esa cifra clave, señor? —preguntó Quax.

—El número cuatrocientos es el ordinal de las pruebas que realizó con su producto, hasta conseguir el resultado definitivo. En cuanto a la letra es la inicial de la palabra latina *cinis*. Ceniza, ¿comprendes?

Quax miró una vez más el ceniciento rostro de su interlocutor y asintió. Si alguna vez había visto color de ceniza en una cara, era en aquella ocasión, en el hombre que tenía frente a sí.

—¿Es que se trata de un producto nocivo? —preguntó.

Kenner rió amargamente.

—Letal —contestó—. Y, además, no existe el menor remedio para evitar la muerte que produce. Si hay algún remedio, lo tiene Daniels.

—¡Pero Daniels ha muerto, señor!

—Nos dijeron que había muerto, aunque no tenemos la plena seguridad de ello. Yo no he visto su cadáver, ni siquiera su tumba.

—Entonces, usted sospecha que Daniels vive.

—Sí, y quiero que des con él y que te entregue algún remedio para la enfermedad que produce el C-400. De lo contrario, antes de un mes habré muerto.

—Señor, hay médicos…

Kenner meneó la cabeza.

—Para lo mío, no hay más médico que Daniels —contestó.

De pronto, sacó las manos que, hasta entonces, había tenido escondidas bajo la mesa.

La derecha ofrecía un aspecto normal. A la izquierda, en cambio, le faltaban varias falanges de los dedos.

En el anular, se veía un hueso blanco, completamente al descubierto. Era la segunda falange y, a partir de la articulación, la carne tenía un horrible color gris.

Con los pelos de punta, Quax pudo ver el leve polvillo que se desprendía de la mano de Kenner, como si fuese de auténtica ceniza, agitada por una ligera brisa. Quax sintió que se mareaba.

De repente, el hueso de la falange se desprendió. Cayó sobre la mesa, rebotó un poco, rodó hasta el borde y acabó en la alfombra.

—Y no siento el menor dolor, pero vivo, me estoy convirtiendo en ceniza.

* * *

Quax se levantó y corrió al aparador. Llenó una copa y la vació de un trago.

Luego se volvió hacia Kenner. Sus manos habían desaparecido de nuevo bajo la mesa, pero el huesecillo, tétricamente blanco, seguía sobre la alfombra.

—Hay que llamar a un médico…

—No —contradijo Kenner—. No quiero médicos. Nadie más que Daniels me curará. Tienes que buscarlo, Tony, por lo que más quieras.

—Aparte de mí, ¿quién más está al corriente de su… enfermedad?

—Sólo tú. Ni siquiera lo sabe mi mayordomo. Uso la mano derecha únicamente y tengo la izquierda constantemente metida en un guante o en el bolsillo de mi traje.

—¿Es contagiosa esa enfermedad? —preguntó Quax, súbitamente aprensivo.

—Según Daniels, sólo por inoculación directa; un pinchazo, los alimentos, las bebidas…

Quax estuvo a punto de vomitar, al pensar en las dos copas que había ingerido. Pero si había sido intoxicado, nada podría parar ya la enfermedad en su cuerpo.

Procuró rehacerse. A fin de cuentas, el miedo no le serviría de ayuda.

—¿Por qué aceptaron colaborar económicamente con Daniels? —inquirió.

—El C-400 es un producto que cualquier nación hubiese pagado sumas fabulosas.

—Para una guerra química.

—Sí.

—Y cuando Daniels se negó a cederles la patente, ustedes acordaron asesinarle, para obtener provecho de la fórmula.

—Exacto.

—Daniels debía de ser un tipo muy astuto, porque se olió la conspiración —observó Quax—. ¿Qué sabe usted de sus consocios?

—Nada. Después de aquello, rompí con todos. A decir verdad, era una sociedad que se había formado exclusivamente para la subvención y posterior explotación del C-400.

—Podrá darme una lista de sus nombres, supongo.

—Sí, cuando quieras.

—Dígame, entre esos socios, ¿había alguno que pudiera considerarse, en cierto modo, como dirigente del grupo?

—Morris. Y también McCroyd.

Con la mano derecha, Kenner sacó un papel y se lo tendió al joven.

—No temas —dijo, al ver el gesto de repugnancia que hacía Quax—. El C-400 es sólo nocivo si entra en el cuerpo humano en la forma que ya te he dicho.

—Me gustaría saber una cosa, señor —dijo Quax, después de haber echado un rápido vistazo al papel.

—¿Sí, Tony?

—¿Cómo sospecha usted que se produjo la enfermedad?

Kenner hizo un gesto de desánimo.

—Eso mismo quisiera saber yo también —respondió—. Empezó hace cuatro días en la mano izquierda…

—¿Notó dolor?

—En absoluto. Simplemente, insensibilidad. Me levanté una mañana y vi color gris en uno de mis dedos. De momento, no le di importancia, pero a la noche la uña y la yema empezaron a convertirse en polvo. Eso ocurrió hace cuatro días y ya me falta la mitad superior de todos los dedos. ¡Antes de un mes, si tú no lo remedias, me habré convertido en ceniza! —clamó Kenner con infinita desesperación.

Quax procuró mantener el rostro inalterable.

Ahora sentía una viva simpatía por el hombre con quien había discutido tanto en el pasado. Bien mirado, debía a Kenner cuanto era y, dejando de lado los pecados del financiero, su deber era ayudarle con todas sus fuerzas.

Kenner lanzó un papel sobre la mesa.

—Te hará falta dinero, muchacho —dijo—. Ahí va un cheque por cinco mil libras. Rawlins, el director del Great & Miller Bank, tiene orden de facilitarte todo el dinero que precises, sin límite alguno. Pero tienes que encontrar a Daniels, ¿me entiendes? ¡Tienes que encontrarlo, Tony!

«Menudo encarguito: encontrar a un muerto», pensó el joven.

Elevó la voz:

—Señor, no puedo asegurarle nada, salvo una cosa: haré todo lo que pueda —dijo.

CAPÍTULO III

La propiedad era muy hermosa, reconoció Quax, aunque situada en un paraje demasiado solitario. Claro que quizá la soledad había sido conveniente para los que estimaba diabólicos experimentos del doctor Daniels.

No había ni siquiera tendido de energía eléctrica, ni tampoco telefónico. Probablemente, pensó, Daniels había dispuesto de su propia planta de fuerza. En cuanto al teléfono, más que una ventaja, habría representado para él una molestia.

Le gustó la casa, con la colina a la espalda, y el arroyo que saltaba de peña en peña, hasta ir a hundirse en la sima que era el barranco, situado a la altura de la fachada y a menos de cien metros hacia el Oeste. El jardín, era lógico, estaba bastante descuidado.

Le pareció conveniente echar un vistazo al lugar donde Daniels había elaborado su infernal producto. Así podría hacerse una composición de lugar e iniciar sus investigaciones con una base de relativa solidez.

La puerta de la casa se abrió de pronto. Una encantadora muchacha apareció en el umbral.

—¿Qué desea? —preguntó.

Quax se quitó el sombrero.

—Le ruego me dispense, señora —contestó—. Mi nombre es Leigh Quax y me dedico a las investigaciones privadas.

—Ah, un detective.

—Así es —mintió el joven. No era cierto, nunca lo había sido, al menos, en determinada medida; sólo lo iba a ser en aquel caso.

—¿Busca algo aquí, señor Quax?

—Bien, me gustaría hablar con el doctor Daniels…

—Está muerto. Murió hace tres meses. Yo soy su sobrina y heredera de sus bienes. Me llamo Susan MacCord.

—Oh, cuánto lo siento, señora…

—Señorita —corrigió ella fríamente.

Quax estudió un momento a la muchacha. Tendría poco más de veinte años y era muy esbelta, de pelo castaño claro y ojos grises. Parecía voluntariosa y enérgica.

—Bien, lamento la muerte del profesor —dijo—. ¿Podría usted decirme cómo ocurrió?

—Lo mataron a tiros. Luego arrojaron su cuerpo al barranco.

—Lastimoso. La policía, supongo, haría investigaciones.

—Sí, pero no encontraron otra cosa que manchas de sangre en el laboratorio. Los asesinos, es decir, si fueron más de uno, supieron borrar bien sus huellas.

—Es lógico —convino Quax, pensativamente—. ¿Puedo pedirle un favor, señorita MacCord?

—Depende —contestó Susan, sin querer comprometerse a nada.

—¿Dónde está enterrado el profesor? Me gustaría ver su tumba…

—Lo siento; su cadáver no apareció jamás.

Quax se sorprendió de la respuesta.

—Entonces, ¿cómo puede afirmar que el doctor Daniels ha muerto? —exclamó.

—Todos los indicios lo hacen suponer así. Y le aseguro una cosa, señor Quax; un cuerpo humano que caiga al barranco, desaparecerá para siempre y jamás será hallado.

—Una afirmación demasiado atrevida, señorita —calificó el visitante.

Susan descendió del porche.

—Venga conmigo, se lo ruego —invitó.

Quax siguió a la muchacha. Momentos más tarde, se hallaban al borde del precipicio.

Susan extendió una mano:

—Vea —indicó—. Por aquella sima, jamás explorada, y cuya profundidad se desconoce absolutamente, desaparece la mayor parte del caudal del arroyo. Hay un pequeño sobrante, que corre luego por la llanura, pero la boca de la sima tiene la suficiente anchura para admitir el cuerpo de un paquidermo.

—Un accidente geográfico realmente notable —manifestó Quax, muy impresionado por lo que estaba contemplando—. De modo que usted opina que el cuerpo de su tío desapareció por ese sumidero.

—La policía también piensa como yo. Jamás hallaremos sus restos, créame.

Quax hizo un gesto de resignación.

—Deplorable —murmuró—. Gracias por la información, señorita MacCord… ¿Dónde he oído yo su nombre antes de ahora?

—Dudo mucho de que eso haya podido suceder —contestó Susan con notoria frialdad.

Minutos más tarde, Quax regresaba a su coche. Iba ya a arrancar, cuando, de pronto, recordó algo.

Metió la mano en un bolsillo y sacó la lista que le había dado Kenner. Al cabo de unos segundos, sonrió.

—La confusión es explicable —murmuró.

El apellido de la sobrina de Daniels era MacCord y no McCroyd, perteneciente a uno de los *socios* en el asunto del C-400.

* * *

Mike Hollander era el sargento jefe del puesto de policía de Northunnis, la población más cercana a Black Falls Manor. Se trataba de un sujeto fornido, rubicundo y de tórax difícilmente contenido por el uniforme azul que vestía.

Hollander estudió con detenimiento las credenciales que le presentaba su visitante y, tras devolvérselas a su dueño, juntó las yemas de sus dedos en actitud expectante.

—¿Y bien, capitán Quax? —dijo.

—Sargento, en primer lugar le diré que estoy aquí de un modo estrictamente privado, de modo que si se niega a contestarme, no me quejaré, ni oficial ni particularmente. Pero tengo un vivo interés en el caso de la muerte del doctor Daniels y desearía que me diese cuantos informes tenga sobre el particular.

—No hay ningún misterio, señor —sonrió Hollander—. Al doctor Daniels le pegaron un tiro y luego lo arrojaron a la sima.

—¿Se sabe positivamente que sólo fue un tiro?

—Al menos, sólo encontramos un proyectil, señor. El estudio de laboratorio dio indicios de partículas microscópicas de hueso adheridas a la bala, lo que hace suponer que el disparo fue dirigido a la cabeza.

—Y la atravesó de parte a parte.

—Eso opinó el forense, señor.

—¿Un asesino o asesino y cómplices, sargento?

—Dos hombres. Robaron la caja fuerte, además. Se piensa que uno de ellos era experto en esta clase de asuntos, porque no había señales de fuerza en la caja. Ni siquiera huellas dactilares, lo que indica que eran profesionales.

—Indudablemente, porque, al parecer, el doctor Daniels guardaba valiosos secretos en la caja fuerte.

Hollander se encogió de hombros.

—Supongo —contestó—. Pero era un hombre muy retraído y nunca se veía aquí, en Northunnis. En suma, no se relacionaba con ninguno de los vecinos del pueblo.

—¿Vivía solo en Black Falls?

—Tenía una sirvienta, la señora Magruder, pero no vio ni oyó nada. Los asesinos la narcotizaron y estuvo durmiendo casi catorce horas.

—Debieron de ejecutar un plan muy bien meditado —apuntó Quax.

—Sin embargo, algo les falló, porque uno de ellos apareció muerto a doscientos metros de la casa.

—¿Cómo?

—Le pegaron cuatro tiros, así como suena: tres en el pecho y uno en la cabeza. Éste fue el que disparó contra el doctor, porque la pistola que se encontró sobre su cuerpo fue el arma usada para cometer el crimen, según demostraron las pruebas de balística. Ahora bien, nos ha sido imposible encontrar al autor del segundo asesinato.

—Lo mataría su cómplice —dijo Quax.

—Es de suponer, capitán. Pero si le sirve de algo, le diré que el asesino del doctor se llamaba Warren Hards. Al menos, eso decía su documentación personal.

Quax se acarició la mandíbula.

—Warren Hards —murmuró—. También ese nombre me suena.

—Luego me he enterado de que fue comando en el Ejército —dijo Hollander.

—Investigaré ese extremo, muchas gracias. —Quax se puso en pie—. Ha sido usted muy amable, sargento.

Al subir al coche, frente al puesto de policía, Quax sacó de nuevo la lista y la releyó una vez más.

Aquella Kitty Moore, ¿no era la misma con la que años atrás había sostenido un tórrido romance?

No estaba muy seguro del nombre, que ella había mencionado de pasada en alguna ocasión. De lo que sí estaba seguro era que la joven con quien había pasado largos ratos placenteros años atrás se hacía llamar Minerva Kitten y trabajaba en un *cabaret*, donde ejecutaba un número que era muy

del agrado del respetable.

* * *

La chica era estrepitosamente rubia y de formas no menos estrepitosas. Era muy ahorradora, al menos, en lo que se refería a ropa, pensó Quax, cuando se enfrentó con ella.

—¿Minerva? ¡Huy, hace años que no se le ve el pelo por aquí! —contestó Betty Duncan.

—Ganaba bastante dinero. ¿Por qué dejó el local?

—Alguien se encaprichó de ella y le ofreció mucho más de lo que le daba el dueño de este tugurio. Antes de un año, el tipo murió y ella se encontró con casi doscientas mil libras de herencia.

—Tuvo suerte —sonrió Quax.

—Imagínate —Nancy suspiró y Quax pudo percibir un peligroso crujido en la tela del vestido —. Yo, en cambio, tan desgraciada…

—No lo creas; eres muy hermosa y, ¿quién sabe?, quizá un día alguien se fije en ti.

Betty se echó a reír.

—Oh, si fijarse en mí ya se fijan muchos —exclamó—. Pero ninguno de ellos es como yo quiero. Excepto tú, buen mozo —añadió, apoderándose posesivamente de uno de los brazos del joven.

Quax sonrió.

—Yo no podría dejarte doscientas mil libras de herencia —dijo.

—Los tipos como tú gustan incluso siendo pobres. ¡Y hay tan pocos!

—Eres un poco exagerada, Betty. He venido a pedirte un favor.

—Si está en mi mano…

—Así lo creo. ¿Dónde vive Kitty Moore? O Minerva Kitten, como prefieras.

El rostro de la rubia expresó desilusión.

—De modo que eso es lo que buscas —dijo.

—Necesito hablar con ella, Betty.

—Claro, ahora es una ricachona… En cambio, a nosotras, las pobres, que nos parta un rayo —exclamó Betty, despechada.

—Te aseguro que no es cosa de dinero ni tampoco la busco porque sea una mujer bonita, aunque menos que tú, desde luego. Es… un asunto privado; siento no poder decírtelo. Pero aguarda un momento.

Quax sacó cinco billetes de cinco libras, hizo un rollito y lo introdujo por el centro del vasto escote de la chica.

—Desearía hacerte un regalo, pero así, tú podrás comprártelo a tu gusto —manifestó.

El dinero, como esperaba él, ablandó a la rubia.

—Te diré lo que deseas saber —accedió.

CAPÍTULO IV

Detuvo el coche y miró hacia el edificio, en el que todavía se divisaban algunas ventanas iluminadas. Un *policeman*, las manos a la espalda y una mirada de aparente indiferencia, aunque atenta a captar cualquier cosa anormal, hacía la ronda por la acera.

Quax la cruzó, entró en el edificio y consultó el indicador en el vestíbulo. Segundos más tarde, se dirigía hacia uno de los dos ascensores.

Tomó el que conducía a los pisos reservados. La Moore vivía en el ático independiente que remataba la casa, a doce plantas sobre la calle.

El ascensor se detuvo momentos después en un rellano privado. Sólo había una puerta; la del departamento de Kitty Moore. De pronto, alguien llamó al ascensor desde abajo.

Quax se acercó a la puerta y tocó el timbre, sin recibir la menor respuesta. Durante unos momentos, permaneció indeciso. Volvió a llamar, pero nadie le contestó.

El ascensor se detuvo de nuevo en aquel rellano. Quax se volvió, pensando en que tal vez Kitty Moore regresaba a su casa.

Pero era Susan MacCord.

La muchacha se sorprendió enormemente al verle en aquel lugar.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

—¿No le parece que yo también puedo hacerle una pregunta similar? —Sonrió él.

Susan frunció el ceño.

—He venido a visitar a la ocupante de ese ático —declaró.

—Lo mismo que yo. Y, aun a riesgo de parecer descortés, no pienso cederle el turno en la visita. Si es que tiene lugar.

—¿Qué quiere decir, señor Quax?

—Sencillamente, que es muy probable que la señorita Moore se encuentre ausente en estos momentos. Al menos, no contesta a mis llamadas.

—¿Es muy urgente lo que tiene que hablar con ella?

—Sospecho que el motivo que nos ha reunido aquí es el mismo —contestó el joven—. La muerte del doctor Daniels, por supuesto.

Ella asintió.

—Sí, es cierto —admitió.

—¿Ha hablado usted con el sargento Hollander, de Northunnis?

—Desde luego, y me dio un informe muy completo de sus investigaciones. Pero sospecho que mi tío no ha muerto.

—Si el doctor Daniels está vivo aún, ¿cómo se ha erigido usted en heredera de sus bienes? —preguntó Quax.

—No he hecho aún ninguna reclamación legal al respecto —explicó Susan—. Pero puedo residir en Black Falls Manor; he estado allí más de una vez y las gentes del contorno me conocen.

—Ya entiendo. ¿Sabía usted que Kitty Moore tuvo relaciones, digamos financieras, con su tío?

—¡Claro! Por eso estoy aquí.

—¿Cómo lo supo?

—Encontré la documentación de mi tío intacta. En determinado documento se mencionaba a ocho personas que habían aportado fondos para sus investigaciones. Una de ellas es Kitty Moore.

—Una explicación muy lógica —admitió Quax—. Pero ¿qué piensa preguntarle, señorita MacCord?

—Tal vez lo mismo que usted —contestó Susan maliciosamente.

Quax meneó la cabeza.

—Si Kitty no está en casa, habremos perdido el tiempo —dijo.

—¿Por qué no prueba a llamar otra vez? —sugirió la muchacha.

Pero antes de que Quax pusiera su índice sobre el timbre, ella, impulsivamente, asió el pomo de la puerta y lo hizo girar.

—¡Está abierta! —exclamó un segundo después.

* * *

Un extraño olor, nada agradable, aunque tampoco absolutamente insoportable, se hizo sentir apenas cruzaron el umbral. Susan arrugó la nariz, en señal de desagrado.

—Esa mujer podrá tener mucho dinero, pero no se lo gasta ciertamente en perfumería —comentó con acritud.

—No la critique —dijo él—. Tal vez está ausente desde hace tiempo. Las casas sin ventilar acaban oliendo mal.

Avanzaron unos pasos más. La decoración era moderna y lujosa, aunque tal vez un tanto falta de gusto, estimó Quax. El salón principal era de grandes dimensiones y hacía una especie de L, cuyo palo vertical quedaba oculto a los ojos de los intrusos, al menos, desde las proximidades de la entrada.

Pero pronto pudieron ver todo el ámbito del salón. Y, apenas llegaron a su centro, Susan lanzó un chillido horroroso.

Quax sintió como una especie de puñetazo en el estómago. Había visto algo, pero lo que tenía ante sus ojos superaba a todo lo imaginable.

Kitty estaba sentada en un diván…, sus restos, porque apenas sí quedaban de ella unos huesos y la parte superior del tórax.

Había una bata en el suelo. Era indudable que Kitty se había sentido mal y se había quitado la prenda en busca de alivio, quedándose completamente desnuda. Pero la muerte le había sobrevenido en aquel lugar, sin el alivio que había buscado.

El brazo derecho, sin carne a partir del codo, estaba apoyado en un cojín, situado en el borde del diván. Las facciones eran prácticamente irreconocibles.

Susan temblaba convulsivamente. Quax procuró hacer de tripas corazón y se acercó al cadáver.

Los senos, que antiguamente habían sido el orgullo de Kitty, eran apenas dos montones de polvo gris. Las costillas, blancas, asomaban a partir de aquel lugar. El pelo se había caído a mechones.

De repente, el antebrazo apoyado en el cojín se desprendió y cayó al suelo, con fúnebre tableteo. Susan lanzó otro terrible chillido.

La leve sacudida agitó el cadáver, que empezó a inclinarse lentamente a un lado. Nubes de polvo se elevaron del pecho y el cráneo.

Mechones de cabello revolotearon lentamente hasta caer sobre la alfombra. Se oyó un aterrador chasquido y la cabeza, desprendida del tronco, cayó dando botes. Se oían fúnebres choques cada vez que la cabeza rebotaba en el suelo. Rodaba y rodaba y a cada vuelta dejaba en suspensión una nubecilla de polvo gris. De repente, se oyó un terrible castañeteo.

El resto del cuerpo había caído también, pero los huesos se soltaron y entrechocaron, golpeándose como siniestras castañuelas. Una nube gris, de fétido olor, se desprendió de aquellos restos, esparciéndose lentamente por la estancia.

Susan estaba a punto de desmayarse. A Quax le habría gustado ofrecerle una copa, pero no se atrevía a hacerlo. Alguna de las botellas que allí había podía contener los malignos gérmenes del C-400.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? —gimió la muchacha.

—Probablemente, lo que acabamos de ver es una prueba de que su tío sigue vivo —contestó Quax.

Ella se volvió para mirarle, con expresión sobresaltada.

—¿Cómo? ¿Él ha hecho…?

Quax asintió.

—Según todos los indicios, esto que hemos visto es obra del doctor Daniels —aseguró.

* * *

Con paso vacilante, Susan buscó un asiento, en las inmediaciones de la puerta. Quax sacó cigarrillos y le ofreció uno.

—Mejor una copa —pidió la muchacha.

—No conviene probar una sola gota de cualquier líquido que pueda haber en esta casa —dijo él.

—¿Por qué?

—Tengo que explicárselo, pero no aquí ni en estos momentos. Usted vino a ver a Kitty Moore porque sospechaba que su tío está vivo…

—Eso no es cierto; yo vine a verla, porque le prestó dinero y quería obtener detalles que me permitieran dar con el asesino.

—Como quiera, aunque, de todas formas, usted no estaba muy convencida de su muerte.

—Recuerde la sima del barranco —dijo Susan.

—No la echo en olvido. Pero ahora estamos discutiendo casi sin motivo. Tenemos algo más urgente que hacer.

—Bien, usted dirá.

—Hay que pegar fuego al ático.

Susan dio un salto en el asiento.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó.

Quax meneó la cabeza.

—Estoy perfectamente cuerdo —contestó—. Pero no podemos avisar a la policía para que venga y se encuentre con semejante cuadro. Kitty Moore ha muerto de una enfermedad producida por un virus descubierto por su tío. ¿Ha oído hablar del C-400?

—No. ¿Qué es eso?

—La fórmula que inventó el doctor Daniels… Bueno, yo he hablado de virus, pero puede que sea una composición química, que… Lo mismo da, señorita MacCord. Quien recibe una dosis del C-400 empieza a descomponerse en vida, como le ha sucedido a Kitty Moore… ¡y como le sucede en estos momentos a una persona a quien aprecio infinitamente!

Susan se quedó con la boca abierta.

—¿Eso… es consecuencia… de los descubrimientos de mi tío…? —tartamudeó, a punto de llorar.

—Así es. Y puede creerme, no hay la menor exageración en mis palabras. Ahora, imagínese lo que sucedería si llegase la policía, si apareciesen periodistas, fotógrafos…

—Se organizaría un escándalo terrible —admitió ella.

—Exacto. Pero más aún todavía: alguien podría contraer esa terrible enfermedad. Podría ocasionar una epidemia y el fuego lo evitará. ¿Comprende ahora?

—Sí, pero nos tomarán por incendiarios.

Quax sonrió.

—Haré bien las cosas, para que no sospechen de nosotros.

Acto seguido, empezó a trabajar con rapidez y eficiencia. Susan le contemplaba intrigada, pero también con temor y aprensión.

Un cuarto de hora más tarde, Quax dio la señal de partida.

—¡Vámonos!

Mientras bajaban en el ascensor, Quax le preguntó si había traído coche.

—No —contestó Susan—. El mío se estropeó a la entrada de Londres y tuve que dejarlo en un taller. Vine en taxi hasta cerca de la casa de Kitty; no quería que si sucedía algo, me relacionasen con ella.

—Excelente precaución —alabó Quax.

Media hora más tarde, sentados en un *pub*, ante sendas tazas de té, oyeron los estridentes timbrazos de los coches de bomberos. Quax y Susan cambiaron una mirada de inteligencia.

—Sí, quizá así haya sido mejor —convino ella, a la vez que lanzaba un hondo suspiro.

CAPÍTULO V

Kenner recibió a sus visitantes en el despacho, con las manos ocultas bajo la mesa. Los ojos del individuo expresaban una ansiedad sin límites.

—Lo siento, señor —dijo Quax.

—Todo ha acabado para mí —contestó con lúgubre acento.

—Aún hay esperanzas —exclamó el joven—. Señor permítame que le presente a Susan MacCord. Es sobrina del doctor Daniels.

Kenner miró a la muchacha con cierto interés.

—¿Qué tal, señorita? —saludó.

—Encantada —dijo Susan.

—Conocí a la señorita MacCord en Black Falls Manor —explicó el joven—. Y anoche nos encontramos en casa de Kitty Moore.

—Ha muerto abrasada en el incendio de su piso. Lo he oído en las noticias de la radio.

—Ese incendio fue provocado —manifestó Quax—. No quería que encontrasen el esqueleto de Kitty, señor.

Kenner se estremeció fuertemente.

—¡Ella había muerto ya por el C-400! —adivinó.

—Estaba muerta cuando llegamos, señor. Sólo quedaba la parte superior de su cuerpo, a la mitad del pecho, y la cabeza. Pero lo poco que quedaba, se desintegró en unos segundos, salvo los huesos, por supuesto.

—Los huesos —murmuró Kenner—. Resisten al C-400, aunque no sé si, con el tiempo, acabarán también por desintegrarse.

Susan tenía los ojos morbosamente fijos en la cara de Kenner, que aparecía de un horrible color ceniciento. Kenner se dio cuenta bruscamente de la observación de que era objeto.

—¿Vio usted los restos de Kitty Moore, señorita? —preguntó.

Ella hizo un silencioso gesto de asentimiento. Entonces, Kenner puso su mano izquierda sobre la mesa.

Susan tuvo que hacer un terrible esfuerzo sobre sí misma para no prorrumpir en alaridos de pavor. Quax frunció el ceño al darse cuenta de los progresos de la enfermedad.

Las últimas falanges estaban ya completamente descarnadas. El tono ceniciento de la mano era aún más pronunciado que el del resto del brazo o el de la cara.

—Señor —dijo Quax al cabo de unos instantes—, le sugiero una solución. Brutal, tajante si se quiere, pero la única posible en estas circunstancias.

—¿Cuál, muchacho? —inquirió Kenner.

—Amputación.

Kenner hizo un signo negativo.

—No. Una vez introducido el C-400 en el cuerpo humano, el proceso de incineración en frío es irreversible. Sigue hasta el final…, al menos eso fue lo que nos dijo el doctor Daniels.

—Pero ¿por qué quería mi tío descubrir una droga semejante? —exclamó Susan, horrorizada.

Kenner sonrió tristemente.

—Supongo que por ambición —contestó—. Por lo mismo que nosotros queríamos apoderarnos de la fórmula, para venderla al mejor postor.

—Mi tío fue siempre decente —se quejó ella—. Un gran sabio…, pero no un criminal, porque el que descubrió esa maldita fórmula tiene que ser un criminal a la fuerza.

—No hay duda, señorita: lo hizo el doctor Daniels.

De pronto, se oyó un ligero ruidito.

Algo cayó de la mano izquierda de Kenner y rebotó contra la pulida superficie de la mesa. Susan cerró los ojos para no ver aquel huesecillo blanco que acababa de desprenderse del miembro.

* * *

Quax se puso en pie.

—Perdonen un momento —dijo.

Salió del despacho y volvió a los pocos minutos, con unas pinzas que había tomado en un cuarto de baño. Buscó un sobre y, con las pinzas, puso el hueso en su interior.

—Señor, tengo un amigo de toda confianza que analizará este hueso. Quizá él pueda hallar un remedio, que permita detener los progresos de su enfermedad —dijo.

—Pero se divulgará…

—No. Mi amigo sabrá ser discreto. Quizá no consiga nada, pero no más perderemos si estamos inactivos. Por cierto, ¿cómo es que la desintegración ha atacado solamente a la mano izquierda?

—No lo sé, no sabría dar una explicación medianamente satisfactoria —contestó Kenner.

—¿Se pinchó usted? ¿Se cortó con algo? Trate de recordar; es muy importante. A mi amigo le gustará conocer la mayoría de detalles.

Kenner se concentró en si mismo durante unos minutos.

El silencio era absoluto. Susan contemplaba al hombre expectantemente.

De pronto, Kenner exclamó:

—¡Ya está! Fue hace seis…, no, siete días, exactamente. Me pinché en el dedo índice con la espina de una rosa…

—¿Dónde ocurrió eso, señor?

—Aquí, en el despacho. Simmons pone una rosa a diario en un búcaro, sobre la mesa. Aquel día me pareció que no estaba bien colocada y quise arreglarla. Entonces fue cuando me pinché.

—¿Qué fue de la rosa, señor?

—Oh, iría a parar a la basura, al día siguiente, por supuesto. O quizá al incinerador que hay en uno de los rincones del parque.

—¿Sangró usted?

—Sí, una gotita o dos, lo corriente cuando uno se pincha con la espina de una rosa. Hice también lo de costumbre: me chupé la yema del dedo y esa minúscula hemorragia se contuvo casi en el acto. Diez minutos más tarde, ya me había olvidado por completo del suceso.

Kenner suspiró.

—Hasta el día siguiente en que vi el índice de color gris —añadió.

—Siete días —murmuró Quax—. El C-400 no se propaga con demasiada rapidez en el organismo humano.

—De mi mano a la articulación del hombro tardará tres semanas, calculo. A partir de ahí, la desintegración avanzará con singular rapidez; casi podrá apreciarse a simple vista. En dos o tres días más, estaré convertido en ceniza.

Susan se estremeció.

—Como Kitty Moore —dijo en voz baja.

—Exactamente —corroboró Kenner.

* * *

El sobre quedó delante del doctor Crain Barrow, más conocido familiarmente por Crainie, aunque algunos amigos humoristas suprimían la «r» y las dos letras finales. Barrow tomó el sobre y se dispuso a abrirlo, pero Quax se lo impidió con un gesto.

—Antes debes ponerte unos guantes de goma —aconsejó.

Barrow miró a su amigo.

—¿Me traes bacilos de la peste? —preguntó, sonriendo.

—Te traigo la tercera falange del anular de una mano izquierda —contestó el visitante.

—Ah, un hueso… ¿Quién es el muerto?

—Está vivo, Crainie.

Barrow puso cara de extrañeza.

—No me tomes el pelo, Tony —dijo—. Hay cosas que no me gustan…

—Te digo que el dueño de ese hueso está vivo. Tú sabes bien quién me recogió cuando me quedé huérfano y costeó mis estudios.

—¿Te refieres a Kenner, el plutócrata?

—Hombre, llámalo de otro modo. No se le puede considerar un santo, pero los hay peores.

—Está bien, dime qué le pasa a ese devorador de papel moneda.

—Antes de empezar a hablar, prepara dos copas de ese combinado que elaboras tú especialmente y que guardas en un frasquito con la etiqueta de VENENO. Cuando termine, créeme, necesitarás triple ración.

Barrow miró a su amigo y le vio completamente serio. Hizo un gesto de asentimiento, se levantó y, acercándose a la estantería señalada, cogió el frasco y dos pequeñas probetas graduadas, que usaba solamente para tales menesteres.

—Ya puedes empezar, Tony —dijo, después de haber llenado las probetas.

* * *

Los ojos de Betty Duncan brillaron de júbilo al reconocer a un recién llegado.

—Tú aquí —dijo, colgándose de un brazo.

—Ya lo ves, preciosa —sonrió Quax—. Me acordé de ti de repente y me entró la curiosidad de

saber el regalo que te habías comprado.

—No me he comprado nada aún. Estoy indecisa, ¿sabes? ¿Qué me aconsejas tú?

—De momento, una copa. A solas.

Ella le guiñó un ojo.

—Es una idea estupenda —aprobó.

Momentos después, estaban en un reservado. Betty llenó una copa y se la entregó al joven.

Luego, con la suya en la mano, se sentó a su lado y no protestó cuando el brazo de Quax se enroscó en su cintura.

—Tengo que hacerte algunas preguntas, hermosa —dijo él, después de los primeros tragos.

—Todo lo que quieras —contestó ella—. Dispara ya.

—¿Conociste a un tipo llamado Warren Hards? Tengo entendido que solía venir por aquí.

—Hards —repitió Betty—. Déjame recordar… Sí, ahora caigo. Le recuerdo bastante bien, pero, según tengo entendido, le pegaron cuatro tiros hace algunos meses.

—Nada más cierto —convino él—. Me gustaría saber si le viste reunirse con alguien en este local.

Betty meditó unos instantes.

—A veces venía con un tipo llamado Tommy Keany. No me gustaba ninguno de los dos, y eso que no tuve tratos con ellos. Pero se decía que Hards era un matón profesional. El otro creo que era un tipo con unas manos especiales para las cajas de caudales.

«Todo coincidía», pensó Quax.

—¿Estaban solos aquí, cuando venían? —preguntó.

—Bueno, a veces bebían con alguna chica… Lo normal, vamos.

—Betty, haz un esfuerzo. Trata de recordar si alguna vez les viste hablando con alguna persona que no te resulte conocida —pidió él.

La rubia se concentró de nuevo.

Esta vez, su respuesta tardó algo más, pero dijo algo que Quax estimó de innegable interés:

—A Hards le vi hablando con un tipo bastante elegante. Hará cosa de tres, quizá cuatro meses…

—Descríbeme el tipo, por favor. Es decir, si te acuerdas de él.

—Bueno, era alto, bastante delgado, aunque no huesudo… Elegante, pero discreto… Nariz ganchuda, de eso sí me acuerdo, pero ya no te puedo dar más detalles, te lo juro.

Quax sonrió.

—Eres un sol, chica —aseguró, convencido.

* * *

Quax llegó a su departamento, abrió la puerta y vio la luz encendida. También divisó a Susan MacCord, profundamente dormida en el diván.

El joven sonrió y se acercó a la joven, despertándola por el procedimiento de pellizcarla en una pantorrilla.

—¡Ay! —gritó Susan, levantándose sobresaltada.

—Esto no es la parada de autobús, señorita —dijo Quax.

—Creí que usted lo habría perdido —contestó ella con despego—. ¿Qué tal se portó la rubia?

Quax arqueó las cejas.

—¿Me ha seguido? —preguntó.

—Digamos que sentí sed de pronto, que entré en un local y que le vi a usted, en compañía de una gorda teñida. Pero, por lo visto, los tipos de Rubens no pasan de moda jamás.

—Es cierto, Rubens siempre está de moda —rió él—. ¿Qué quiere beber?

—Vitriolo.

—No sea ácida. ¿Se ha colado en mi casa sólo para reprocharme mi entrevista con una informadora hábil y competente?

—Ah, la gorda es su confidente.

—Claro, mujer. Pero no podíamos hablar en público, así que nos fuimos a un reservado.

—Muy bien. ¿Qué es lo que consiguió?

—¿Ha venido a esperarme sólo para saberlo?

—En cierto modo, sí; pero también para decirle que sé dónde vive otro de los miembros del grupo que, presumiblemente, conspiró para asesinar a mi tío.

—¿Quién es? —preguntó Quax, vivamente interesado.

—Simon Gates. ¿Le parece que vayamos a verle juntos?

—¿Ahora?

—Hombre, no, mañana por la mañana.

—Eso ya está mejor, pero antes habrá de permitirme una llamada telefónica. No puedo demorarlo más.

Susan hizo un gesto benevolente con la mano.

—Está usted en su casa —dijo.

El joven se acercó al teléfono y marcó un número. Esperó un minuto largo y al fin oyó la voz que deseaba.

—Simmons, soy Quax —manifestó—. Supongo que el señor estará acostado.

—En efecto, así es…

—Tiene que despertarle, es muy urgente… ¿Cómo, no dispone de teléfono en su dormitorio? En otro tiempo pudo ser una buena idea, pero ahora… Está bien, despiértele de todos modos y pregúntele si Galton Morris es un sujeto de media edad, alto, delgado, elegante y de nariz ganchuda. Es muy urgente, Simmons, se lo ruego.

—Bien, señor; tenga la bondad de continuar a la escucha.

Transcurrieron un par de minutos. La voz de Simmons se dejó oír de nuevo.

—En efecto, señor, la descripción que ha hecho usted del señor Morris es acertadísima.

—Gracias, Simmons, es usted la joya de los mayordomos.

Quax colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—¿Quién es ese tal Morris? —preguntó Susan.

—El hombre que contrató a los asesinos de su tío, señorita MacCord —respondió el joven.

CAPÍTULO VI

—Estoy observando una cosa —dijo Susan al día siguiente, mientras el coche que guiaba Quax avanzaba bajo una hilera de frondosos castaños, en los que el inminente otoño ponía ya notas doradas en las hojas.

—¿Sí? ¿Qué es ello? —murmuró él con acento de indiferencia.

—Todos son gente rica, con dinero en abundancia y excelentemente bien situados. ¿Por qué, señor Quax?

—Mujer, ¿qué esperaba usted? ¿Acaso creía que el C-400, que podía convertirse en un arma de guerra de incalculables efectos, era negocio para ser realizado por los que apuestan unos pocos chelines los sábados en las carreras de caballos? De buenas a primeras, ya soltaron cada uno doce mil quinientas libras y lo menos que esperaban era recobrar centuplicada esa suma.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Susan, asombrada.

—Me lo ha dicho Jack Kenner. Fue uno de los miembros de la sociedad.

—Entonces, no cabe la menor duda. Pero no se puede decir que fueran personas decentes.

—Nunca he pretendido sostener lo contrario, aunque su tío no es, era tampoco de los que se quedan atrás.

—¡Era un científico de relieve…!

—Los científicos decentes buscan remedios para los males que afligen a la humanidad y no se devanan los sesos buscando armas para la guerra biológica. Su tío creó una enfermedad horrible, para la que no se conoce cura. Las personas se descomponen en vida y no pueden evitarlo. ¿Es eso decencia?

Susan, abrumada y admitiendo los argumentos del joven, calló.

—La decencia no estriba solamente en no robar o no estafar o no pretender a la mujer del prójimo —siguió Quax—. Hay muchas formas de ser decentes y su tío no lo era, aunque no robase ni estafase a nadie.

—Está bien, está bien, pero yo no soy culpable de lo que hizo. Bastante afligida me siento al pensar en esa condenada fórmula. ¿Cree que, vivo o muerto, no se lo reprocho, siquiera sea mentalmente, que es lo único que puedo hacer?

—Me parece que he sido un poco injusto con usted —sonrió el joven—. Le ruego me dispense, Susan. Ah, ahí está la casa del buen Gates.

El edificio apareció súbitamente ante ellos, al terminar una curva del camino. Una pequeña desviación conducía a la verja que permitía franquear la alta tapia que circundaba la posesión.

Había un guarda armado en una caseta junto a la verja. El hombre salió de su refugio al ver a los dos jóvenes que se apeaban del coche.

—Deseo hablar con el señor Gates —manifestó Quax, a la vez que entregaba al individuo una tarjeta de visita—. Dígale que vengo de parte del señor Kenner.

—Está bien. Aguarden unos momentos —pidió el vigilante.

Entró en la caseta y telefoneó. A los pocos segundos, volvió a salir con la respuesta:

—Lo siento. El señor Gates no desea recibirles.

* * *

El coche estaba parado al final de la curva que accedía a la residencia de Gates. Quax permanecía tras el volante, mientras que Susan se hallaba en el otro extremo, vigilando la verja desde un punto en que podía ver sin ser vista.

De pronto, Susan agitó una mano. Quax divisó el gesto y dio media vuelta a la llave de contacto.

La muchacha se escondió tras un grueso tronco. Un coche pasó por allí a los pocos segundos.

Instantes después, Quax atravesaba el suyo en el camino. El «Rolls» de Gates tuvo que detenerse a la fuerza.

Su conductor saltó al suelo. Era un hombre alto, de anchos hombros, tremendamente fornido.

—¿Es un asalto? —preguntó.

—Sólo deseo hablar con el señor Gates…

El puño del chófer se disparó velozmente. Las reacciones de Quax no eran, sin embargo, menos veloces.

Un hombre volteó por los aires y cayó al suelo, a consecuencia de una hábil presa de judo. Pero el chófer era ágil, además de robusto, y se incorporó casi en el acto.

No obstante, había perdido ya la iniciativa. Un puño se dirigió primero a su plexo solar, dejándole sin aliento. El otro puño golpeó justamente el borde de su mentón. La pérdida de conocimiento sobrevino de modo tan fulminante, que el chófer se desplomó de bruces, como si hubiera recibido el puñetazo en la nuca y no en la mandíbula.

Acto seguido, Quax se dirigió hacia el «Rolls». Una pistola, sostenida por una mano enguantada, apareció por una de las ventanillas posteriores.

—Quieto —dijo Simon Gates.

—Adelante, dispare —rió Quax—. ¿Mejorará ello su situación?

Los ojillos de Gates expresaron interés.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

Sonaron pasos en las inmediaciones.

—Es Susan MacCord, sobrina y heredera del doctor Daniels —presentó el joven.

—¿Qué tal, señor Gates? —dijo ella.

—Está muy pálido —observó Quax—. ¿Se ha fijado usted, Susan?

—Diríase que se halla ya bajo el influjo del C-400. ¿Por qué no se quita los guantes, señor Gates?

—¡Basta ya! —chilló el aludido, de cuya frente se desprendían gruesas gotas de sudor—. Déjenme en paz, quiero seguir mi camino…

—¿Va a buscar a un médico? No le curará —dijo Quax—. Kenner ha perdido ya todos los dedos de la mano izquierda. En cuanto a Kitty Moore, no murió en el incendio, como usted leería sin duda en los periódicos, sino que murió incinerada viva, pero en frío, sin fuego sin llama.

Gates miró a los dos jóvenes con ojos suplicantes. Quax alargó la mano y se apoderó de la pistola, sin que su dueño opusiera la menor resistencia.

—¿Ha visto a mi tío? —preguntó Susan.

—El doctor Daniels murió… —dijo Gates con acento gemebundo.

—Se cree que murió, pero no es seguro.

—Morris lo dijo.

—Ah, fue él quien se encargó del asesinato.

Gates movió la cabeza pesadamente.

—Sí —dijo con voz sorda—. Pero tengo entendido que McCroyd colaboró también con él.

—Interesante —comentó Quax—. Iremos a ver a los dos. Entretanto, un consejo, señor Gates: vuelva a su casa y quédese allí. Repito, ningún médico curará los progresos de la enfermedad causada por el C-400.

—Aún es tiempo —gimió el individuo—. Sólo he perdido la primera falange del meñique izquierdo…

Quax frunció el ceño.

—Se pinchó, sin duda —dijo.

—Sí… Fue algo casual, yo estaba cuidando uno de los rosales y una espina…

—Ese rosal ¿está en el exterior de su casa? Quiero decir, en el jardín.

—Sí, cerca de la puerta, junto a la ventana de mi despacho. Daba unas rosas muy bellas y yo lo cuidaba personalmente.

—Vuelva a su casa, señor Gates, y queme ese rosal. Fíjese bien que he dicho quemar y no arrancar. Rodéelo de leña seca, arroje unos litros de gasolina y péguele fuego a todo. Procure que ninguno de los miembros de su servidumbre toque ese rosal, ¿ha entendido?

—Sí, pero ¿qué haré yo mientras tanto? Algún médico podría curarme —apuntó Gates.

—El asunto está en manos de un afamado biólogo —dijo Quax—. Si él no encuentra el remedio, no lo encontrará nadie.

—¿Cuándo se pinchó usted? —preguntó Susan.

—Hace cuatro días…

—Entonces, no se preocupe; tiene más de un mes de tiempo. Y en ese plazo, créame, el señor Quax y yo habremos dado con el remedio para su mal.

—Si lo consiguen, les pagaré lo que me pidan —prometió Gates.

—De momento, denos un anticipo, diciéndonos el domicilio de Morris —pidió Quax.

* * *

—Incomprensible —dijo Susan más tarde.

—¿Qué es lo que encuentra usted incomprensible? —Quiso saber el joven.

—Hombre, está claro. ¿A quién se le ocurre cuidar un rosal, sin ponerse guantes?

—¿No tiene usted un rosal en su jardín? Bueno, quizá no tenga jardín…

—Sí, tengo un pequeño jardín en mi casa, en el sur de Gales, con tres hermosos rosales, pero cada vez que tengo que hacer algo en ellos, me pongo guantes y no me pincho nunca.

—¿Seguro? —Rió Quax—. Usted, claro, no ha salido a pasear jamás por su jardín y, de pronto, ha visto en un rosal algo que no le gustaba, una rama seca, una rosa deshojada, algunas hojas mordidas por los parásitos… Entonces, instintivamente, usted, sin acordarse de los guantes ni

mucho menos, ha arrancado esa ramita seca o las hojas medio comidas… Es algo que se hace de una forma maquinal, como el que se ve una mota en la solapa del traje y la sacude de un papirotazo, en lugar de buscar un cepillo.

—Es cierto —admitió Susan—. Me ha pasado más de una vez.

—Y lo mismo le sucedió a Gates.

Ella se sintió repentinamente horrorizada.

—Eso significa que todo el rosal estaba impregnado del C-400 —exclamó.

—Posiblemente, así era.

—Pero otras personas pueden también…

—A lo que parece, el que lo hizo conocía bien las costumbres de Gates. Y no olvide usted que en un caso así, los criados se abstienen de tocar el rosal favorito de su amo. A Gates no le hubiera gustado ver a ninguno de los miembros de su servidumbre haciendo cosas en su rosal, ¿comprende?

—No sé qué sucede, pero usted siempre encuentra argumentos para todo —exclamó Susan.

—Empleo el sentido común, simplemente.

—Y los puños. Oiga, ha sido un combate muy breve, pero de los que se pagan veinticinco libras por un asiento en primera fila de *ring*.

Quax se echó a reír.

—Es que hubo una época en que tenía muchos acreedores y tuve que aprender a defenderme —contestó jovialmente.

Susan le miró con sorpresa. ¿Hablaba en serio o solamente pretendía tomarle el pelo?

Aquella misma tarde, llegaron a la casa de Morris.

Se llevaron una decepción: Morris no estaba ni tampoco había en la casa nadie que pudiera informarles de su paradero.

CAPÍTULO VII

El hombre, de mediana estatura, aunque fornido y de poderosos músculos, miró hostilmente a su visitante.

—¿Por qué había de saber yo dónde está Morris? —exclamó Ford McCroyd.

—Porque usted, junto con él, y con la anuencia de seis personas más, planeó el asesinato del doctor Daniels.

—¡Tonterías! Jamás se me hubiera ocurrido una cosa semejante…

—Señor McCroyd —dijo el joven, armándose de paciencia—, creo que le conviene enterarse de algo muy interesante. A los quince años, me quedé huérfano y sin recursos. Jack Kenner era muy amigo de mis padres y me recogió y cuidó de mí como si yo fuese su propio hijo. Me lo ha contado todo, así que no tiene usted argumentos capaces de negar lo que es cierto. ¿Entendido?

McCroyd se quedó con la boca abierta.

—¿Es… es verdad…? —balbuceó.

—Kenner ha perdido ya todos los dedos de la mano izquierda. Gates ha perdido la primera falange del meñique izquierdo. En cuanto a Kitty Moore, murió convertida en ceniza, atacada por el C-400, producto cuya investigación financiaron ustedes, al objeto de venderlo a quien pagase mejor, una vez plenamente experimentados sus efectos. ¿Comprende ahora por qué quiero encontrar a Morris?

—Pero yo no sé dónde está… Él fue quien se encargó del asunto…

—Tengo entendido que usted también colaboró —dijo Quax, con el ceño fruncido.

—Lo que yo hice fue una especie de exploración del terreno, a fin de que… los invitados no fallaran. Pero el que los contrató y se entendió con ellos fue Morris.

—A razón de mil quinientas libras por barba.

McCroyd asintió.

—Sí, eso es lo que nos costó la… la operación —admitió.

—Morris no está en su casa. Quizá tenga alguna residencia, digamos reservada. Vamos, un escondite. ¿Qué sabe usted al respecto, señor McCroyd?

—Nada, en absoluto. Se lo juro, señor Quax.

—Enséñeme las manos —pidió el joven de pronto.

McCroyd obedeció. La piel tenía un aspecto normal.

—¿Se ha pinchado usted estos días? —preguntó Quax.

—No, no me he pinchado… ¿Por qué me lo pregunta?

—El C-400 penetra en la sangre por un pinchazo, que es lo que les ha sucedido a Kenner y a Gates. Respecto a Kitty Moore, ignoro cómo se produjo la infección, pero, por si acaso, tenga muy presente todo lo que le he dicho.

McCroyd estaba aterrado.

—Pero… ¿quién puede desear nuestra muerte? —exclamó.

Quax se marchaba ya y se volvió para mirarle.

—¿Es que ya no se acuerda del mensaje del doctor Daniels? —contestó.

—Pero Daniels murió…

—Nadie ha encontrado su cadáver —se despidió el joven.

Cuando se sentaba frente al volante, se sintió acometido por varias dudas.

¿Cómo había penetrado el C-400 en el cuerpo de la Moore?

¿Se había producido la desintegración con más rapidez de la corriente? Y, sobre todo, ¿por qué, sabiéndose atacada de un mal irremediable, no había llamado a alguien en su auxilio?

Meneó la cabeza y arrancó.

—Kitty Moore ya no vive para decirnos cómo ocurrió la cosa —dijo a media voz.

* * *

—¿Qué clase de hueso me trajiste, Tony? —preguntó el doctor Barrow.

—Lo sabes tan bien como yo —respondió Quax—. Un hueso humano…

—Perteneciente a una persona que murió hace muchos años.

Quax respingó.

—¡Imposible! —dijo.

Barrow hizo una mueca.

—Tony, tú conoces tu oficio y yo el mío —contestó—. Cuando digo que el hueso que me diste pertenece a una persona que murió hace mucho tiempo, es porque tengo fundados motivos para hacer tal afirmación.

—Crainie, en tu opinión, ¿cuántos años hace que murió esa persona?

—Bueno, yo diría que unos cuarenta… Naturalmente, no puedo fijar una fecha exacta, pero el plazo está entre treinta y cuarenta. Seguro, absolutamente, Tony.

Quax se quedó perplejo y Barrow lo notó.

—¿Qué te pasa? ¿Es que lo que te he dicho altera tus cálculos? —preguntó—. Oye, el otro día, me contaste una fábula increíble. Vamos, dime toda la verdad.

—Bueno, en cierto modo… Pensé que… que esa persona había muerto mucho más recientemente.

—Lo siento, pero el primitivo dueño de ese hueso murió hace no menos de treinta años, probablemente, unos cuarenta. Eso es todo lo que te puedo decir, Tony.

—¿Has encontrado en el hueso rastros de materia orgánica? Oh, yo me refiero a rastros de tejidos blandos, piel, músculo, ligamentos…

—No, nada, en absoluto. Estaba totalmente limpio y, si vale la expresión, seco por completo. ¿Qué ocurre, Tony? —preguntó el biólogo súbitamente—. ¿Se trata de algún crimen cometido hace muchos años?

—Sí, más o menos —respondió el joven preocupadamente.

Su amigo no quería creer que el dueño del hueso no sólo había muerto, sino que estaba aún con vida.

Pero Kenner se descomponía vivo. Y no había forma humana de parar aquel proceso de incineración que, casi para mayor burla, resultaba completamente indoloro.

Sin embargo, Barrow debía admitir la verdad o no podría encontrar el remedio que curase a Kenner.

Decidió esperar. Había tiempo. No podía actuar sin haber sopesado antes, con toda meticulosidad, cada uno de los siguientes pasos que habría de dar.

—Gracias, Crainie —se despidió del biólogo—. Por ahora, eso es todo.

Regresó a su casa muy deprimido. Susan lo aguardaba y lo notó en el acto.

—Malas noticias —dijo—. Quizá una copa le anime algo.

—Lo dudo mucho, Susan —contestó él, a la vez que se derrumbaba sobre un sillón.

—Vamos, no sea cobarde. Cuénteme lo que sucede; quizá entre los dos encontremos la solución.

Susan llenó las copas y le entregó una. Quax bebió un par de tragos y luego dijo:

—Según el estudio que ha hecho mi amigo el biólogo, el hueso que se desprendió de la mano de Kenner pertenece a un hombre que murió hace alrededor de cuarenta años. Y no cree que Kenner se convierta vivo en ceniza.

Susan se quedó atónita.

—¡Pero eso es imposible. Tony! —exclamó.

—Lo mismo le he dicho yo. Sin embargo, no es posible dudar de la capacidad y la competencia del doctor Barrow.

La muchacha se sentó frente a Quax, con los codos apoyados en las rodillas, muy juntas.

—Tony, de ser cierto lo que dice, el C-400 no origina la descomposición de la sustancia orgánica del cuerpo humano, sino un proceso de envejecimiento rápido que destruye los tejidos blandos —dijo.

—Envejecimiento rápido, desintegración o incineración, ¿qué más da? —contestó él, desanimadamente.

* * *

El coche de Quax se detuvo al día siguiente frente a un edificio de apartamentos de lujo.

—Ahí vive la *walkyria* —dijo el joven.

—¿Por qué llama usted así a Freya Wiesser?

—Yo no la llamo así; es un apodo que le daban sus consocios. Me lo dijo Kenner. Freya es de origen alemán, alta y de formas abundantes, además de muy rubia. Pero ya no es tampoco una jovencita.

—Como sea, intervino en el asunto —exclamó Susan, a la vez: que se apeaba del automóvil.

Entraron en el edificio. Momentos más tarde, llamaban a la puerta de uno de los departamentos, situado en el penúltimo piso.

Llamaron a la puerta. Alguien, a través de un interfono, preguntó:

—¿Quién es?

—Quax, señora Wiesser. Me envía el señor Kenner Es urgente.

La puerta se abrió por sí sola.

—Pase —sonó la voz de la mujer, en el fondo del departamento—. No me encuentro muy bien.

La pareja cruzó el vestíbulo y llegó a una salita íntima en la que, desmadejadamente tendida en un diván, se hallaba la ocupante del piso.

Susan se aterró.

—¡También ella! —exclamó.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Freya, a la vez que hacía un notable esfuerzo para hablar.

—Susan MacCord, sobrina del doctor Daniels, señora Wiesser —presentó el joven.

—Ah, el doctor… Daniels… No sé qué me sucede… Cada vez me encuentro más torpe…

Susan se precipitó hacia el teléfono.

—Tenemos que llamar a un médico —exclamó.

—No…, no lo hagan… Se me pasará en seguida —dijo Freya.

Quax se sentía aterrado ante el espectáculo que estaban contemplando.

El pelo de Freya ya no era de brillante color de oro, sino gris. En cuanto a su epidermis, había adquirido un horrible tono ceniza, mucho más acentuado que cuanto había visto hasta el momento.

Freya se moría a ojos vistas. Lo peor de todo era que ella misma no lo sabía.

Quax se arrodilló frente a ella.

—Señora Wiesser, ¿cuánto tiempo hace que se siente mal? —preguntó.

—Una hora…, más o menos…

La voz de la mujer era blanda, espesa, como si su lengua se hubiese convertido de pronto en una masa de algodón mojado.

—¿Ha venido alguien a visitarla?

—Sí… Morris…

—¿Qué le ha hecho? ¿La ha atacado con alguna aguja hipodérmica, por ejemplo?

Freya intentó sonreír.

—¿Qué… tontería…? —contestó—. Morris es un tipo muy ardiente… Me abrazó, me besó…

—Pero ¿no la pinchó con algo?

Susan se dio cuenta de pronto que Freya estaba vestida únicamente con una bata. La prenda se abrió de pronto.

Retrocedió, aterrada. El vientre de Freya era una masa de polvo gris, muy compacto todavía, pero que amenazaba con desintegrarse al menor movimiento.

—Ahora recuerdo que… Yo tenía la espalda desnuda… Él dijo que había sido la hebilla de su reloj de pulsera… No sé lo que me pasa… Me siento horriblemente cansada… Tengo muchas ganas de dormir… dormí…

La voz de Freya se apagó de pronto y sus ojos perdieron el brillo en el acto.

El labio superior se convirtió en polvo y el maxilar y los dientes aparecieron al descubierto. Susan lanzó un terrible chillido, a la vez que Quax, de un salto, se situaba a dos metros del diván.

Freya parecía reír burlonamente, con la mandíbula superior blanqueando al descubierto. Su pelo empezó a caer, junto con grandes trozos de la cara. El cráneo quedó a la vista, tétricamente blanco.

Susan y Quax contemplaban espeluznados la horrible escena. Diez minutos más tarde, todo lo que quedaba de Freya Wiesser era un montón de huesos.

La atmósfera se hacía irrespirable. Tambaleándose, Susan agarró al joven por un brazo y tiró de él.

—Vámonos, vámonos… —gimió.

Pero Quax, recobrándose, rechazó la idea.

—No —contradijo—. Tenemos que hacer algo más que huir.

Y se dirigió hacia el teléfono.

CAPÍTULO VIII

Crain Barrow llegó una hora más tarde. Vio el montón de huesos y lanzó un juramento, sin hacer caso de la presencia de Susan.

—¡Rayos! Tony, ¿para qué me has hecho venir? —exclamó.

—Crainie, ¿recuerdas el hueso que te llevé para investigar?

—Sí, claro; todavía lo guardo…

—Tú dijiste que pertenecía a una persona muerta hace unos cuarenta años.

—Lo juraría sobre una pila de Biblias de mi altura —contestó el biólogo.

—Te procesarían por perjurio —dijo Quax—. En tu opinión, ¿cuánto tiempo hace que murió esa mujer?

—Ah, era una mujer.

—Sí. Se llamaba Freya Wiesser. Pero respóndeme, Crainie.

—Bueno, así, a primera vista, cualquiera diría que esos huesos pertenecen a una persona que murió hace bastantes años…

—Hace poco más de una hora, Freya Wiesser todavía estaba viva.

Barrow se volvió hacia su amigo.

—Tony, no te burles de mí —dijo malhumoradamente.

—El señor Quax dice la verdad —intervino Susan—. Yo estaba presente cuando ocurrió. Incluso hablé con la señora Wiesser. Pero luego, en un cuarto de hora, se convirtió en polvo. Su esqueleto es todo cuanto queda de ella. Precisamente, para eso le hemos llamado, señor incrédulo.

Barrow tenía la boca abierta.

—Diríase que hablan en serio, pero, demonios, cuesta mucho de creer —exclamó.

—No bromeamos, Crainie —dijo Quax—. No hay nada que hayas oído que no sea rigurosamente cierto.

El biólogo fue a acercarse a los restos de Freya, pero Quax le retuvo por un brazo.

—Cuidado —dijo—. No sabemos cuánto dura la actividad del C-400.

—Suponiendo que sea C-400 —dudó Susan.

Quax se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Kenner y Gates han sido atacados ya por el C-400, pero su descomposición física sigue un ritmo muy lento. En cambio, Freya se desintegró ante nuestros propios ojos. Quizá mi tío encontró un C-400 mucho más activo.

—Es posible —convino el joven pensativamente—. Pero entonces, en lugar de llamarse C-400, debería…

—Pero, bueno, ¿es que no voy a poder saber qué diablos es eso del C-400? ¿Qué clase de endemoniado producto es? —exclamó el biólogo, impaciente y malhumorado.

Quax agarró a su amigo por un brazo y se lo llevó a otra habitación. Susan les siguió.

—Tienes que saber todo lo ocurrido y convencerte de la realidad —dijo el joven.

Empezó a hablar. Su relato duró bastantes minutos.

Cuando terminó Barrow miró a su amigo con aire incrédulo.

—Parece un cuento de horror…

—Es la realidad pura, Crainie —aseguró Quax—. Pero todavía hay más; hoy mismo puedo probarte que no he mentido en absoluto.

—¿Cómo?

—Tendrás que venir a ver a Kenner. Te necesitamos, Crainie; es preciso que encuentres un remedio para detener los efectos de C-400.

Barrow asintió.

—Iré, desde luego…, pero ¿qué vas a hacer con ese esqueleto? —Quiso saber.

Quax dudó un momento.

—Creo que no importaría que lo dejásemos aquí un día o dos. Luego, tranquilamente, podríamos venir con un par de maletas y llevar todos los huesos a tu laboratorio.

—Oye, eso no será contagioso —receló el biólogo.

—No. Tengo entendido que el C-400 produce sus efectos por ingestión directa del propio producto, pero no sucede nada si se tocan restos humanos que hayan sufrido sus efectos. Claro que conviene tomar precauciones, pero no te pasará nada por haber estado aquí y haber respirado el aire en que se han disuelto las cenizas de la señora Wiesser. Además, había un extractor de humos y lo hemos tenido funcionando todo el rato.

—Eso me tranquiliza un poco —refunfuñó Barrow—. Bueno, vamos a visitar a ese tal Kenner. Creo que lo que me has contado dejará de parecerme fantástico cuando lo haya visto con mis propios ojos.

Barrow había traído su propio coche y siguió a la pareja, que viajaban en el de Quax. A poco de arrancar, Susan hizo una observación.

—Tony, ahora ya podemos estar seguros de una cosa.

—¿Sí? —dijo él, sin mirarla, atento al intenso tráfico de las calles londinenses.

—Morris consiguió la fórmula del producto. Ahora está asesinando a sus cómplices, para evitar repartir con ellos los eventuales beneficios de la venta del C-400. Y, además, para asegurarse la impunidad.

—Es probable, aunque, de todas formas, me parece un procedimiento un tanto rebuscado.

—¿Por qué? Ahora ya no puede recurrir a Hards ni a Keany. Quitó de en medio a sus pistoleros…

—Pero enseñó el sobre vacío, con el mensaje de Daniels.

—¿Cómo sabemos que no se quedó la fórmula y sustituyó el cuaderno de notas por un paquete de cuartillas?

—¿Y elaboró él mismo el producto?

—La señora Magruder, narcotizada, durmió casi catorce horas. En ese tiempo, Morris pudo, con toda tranquilidad, apoderarse de unas muestras del C-400 y esperar el momento más apropiado para iniciar en proceso de eliminación de sus consocios.

Quax guardó silencio.

Eran unos argumentos perfectamente lógicos. Sin embargo, le parecía que tenían un punto débil, aunque, de momento, no se sentía capaz de encontrarlo.

* * *

Faltaba ya casi toda la mano izquierda.

Barrow sintió un horror invencible al ver aquel monstruoso espectáculo. Le parecía estar viviendo una pesadilla, pero la razón le decía que cuanto veía y oía era realidad. No, su amigo no le había engañado.

—¿Le duele, señor Kenner? —preguntó, al cabo de unos momentos.

—En absoluto —respondió el interpelado.

—Señor, mi amigo Barrow encontrará el remedio —aseguró Quax.

—Le cubriré de oro, si lo consigue, doctor —dijo Kenner.

Barrow hizo un gesto con la cabeza.

—No es dinero lo que me interesa —murmuró. De pronto, se volvió y tomó el maletín que había traído consigo—. Voy a hacer unas pruebas —dijo.

Abrió el maletín y sacó unos guantes de goma. Acto seguido, empezó a palpar la carne del brazo enfermo.

—Dígame cuando sienta la presión de mis dedos —pidió.

Kenner asintió. Quax y Susan asistían interesadísimos a la escena.

De pronto, Kenner se quejó.

Barrow lanzó una exclamación:

—Bien, por lo menos, ya sabemos que tiene sensibilidad a unos veinte centímetros de la línea de desintegración —dijo—. Por tanto, no será necesario hacer anestesia local.

—Sospecho que piensas llevarte una muestra de tejidos a tu laboratorio —exclamó el joven.

—Justamente, Tony.

Barrow volvió a bucear en su maletín. Sacó una especie de escalpelo y pidió un sobre. Con el escalpelo, raspó un poco de la carne enferma, muy cerca de la línea de desintegración, y echó el polvillo resultante en el sobre.

Después lo cerró y anotó algo en el anverso. A continuación, repitió la operación en varios puntos más, echando cada muestra en distintos sobres, que etiquetó de modo que evitara las confusiones. El escalpelo dejó de funcionar, cuando Kenner se quejó.

El filo del instrumento había provocado un poco de sangre. Barrow manchó la hoja con la sangre y dejó que se secara, guardando a continuación el escalpelo en el último sobre.

Luego miró a Kenner.

—No puedo prometerle nada, salvo una cosa: estaré despierto, trabajando, hasta que el sueño me derrote. Y cuando algo me interesa, soy capaz de estar despierto días enteros —afirmó.

—Gracias, doctor —contestó Kenner—. Puede estar seguro de que, si me salva, no se quejará de mi generosidad.

Crainie metió todos los sobres en su maletín, que cerró en el acto.

—Ya no puedo perder más tiempo —dijo—. Tony, tú te encargarás de los huesos de la señora Wiesser.

Quax se estremeció.

—Mañana sin falta los llevaré a tu laboratorio —prometió.

* * *

—¿Cuál es el siguiente paso que debemos dar? —preguntó Susan poco más tarde.

—Todavía tenemos que visitar a varios de los consocios —respondió Quax.

—Sí, pero ¿por cuál de ellos empezamos?

Quax se frotó la mandíbula.

—Morris sería el ideal, pero nadie sabe dónde se esconde. Kenner ha telefoneado a sus otros consocios en ese sentido, recibiendo respuestas negativas. También les ha alertado para que eviten todo pinchazo o alguna pequeña herida, por medio de la cual pueda penetrar el C-400 en su sangre.

Susan estudió la lista de las ocho personas complicadas en el asunto.

Dos aparecían tachadas: Freya y Kitty. A la derecha de dos de los hombres aparecían sendos signos de interrogación.

Cuatro nombres aparecían en blanco.

—A McCroyd ya le hemos visto —dijo—. Por tanto, quedan la Sutterland y Keryac. De Kenner no vale la pena hablar, porque estamos en su casa. Y en cuanto a Morris…, bueno, se ha convertido en humo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar la horrible escena presenciada en casa de Freya.

—En este asunto, decir que una persona se convierte en humo es totalmente ajustado a la realidad.

—Así es —convino Quax—. ¿A cuál de los dos vamos a ver en primer lugar?

Susan miró a través de la ventana. Ya era de noche cerrada.

—La Sutterland vive más cerca —contestó.

—De acuerdo, pero antes tendré que hacer algo ineludible.

—¿Qué es, Tony?

—Llene dos copas y se lo diré.

Susan obedeció. Quax tomó un sorbo y dijo:

—Antes de ir a ver a Alina Sutterland, tengo que llevar los huesos de Freya al laboratorio de mi amigo.

La muchacha despachó de un golpe el contenido de su copa.

—Tenía usted razón al pedirme que preparase un par de tragos —dijo, sintiendo como si en la espalda le hubiesen puesto repentinamente una barra de hielo.

Pero a la mañana siguiente, cuando fueron al apartamento de Freya, se llevaron una enorme sorpresa.

El esqueleto de la *walkyria* había desaparecido.

CAPÍTULO IX

Alina Sutterland recibió fríamente a sus visitantes.

—El señor Kenner me ha hablado de ustedes —manifestó—. Sin embargo, creo que tengo muy poco que decirles.

Sin enojarse por el poco hospitalario recibimiento, Quax miró a la mujer de pies a cabeza.

Era hermosa y sofisticada. «Una mujer que vive únicamente pendiente de su belleza corporal», pensó.

—Lo poco, a veces, puede resultar sustancioso, señora —dijo sonriendo.

Alina se sentó en un diván, cruzó unas piernas perfectas y abrió una elegante cigarrera de plata, de la que, sin embargo, no ofreció a sus visitantes.

—Está bien —dijo con indiferencia—. Pueden empezar.

—Se trata del doctor Daniels, tío de la señorita MacCord, aquí presente.

—Ah, sí, oí su nombre hace algún tiempo… ¿Qué es lo que cura ese doctor?

—No trate de engañarse a sí misma, señora, porque, a nosotros, desde luego, no nos engaña —dijo Quax secamente—. Usted, con siete personas más, formó parte de un grupo que decidió el asesinato del doctor Daniels para quedarse con su fórmula, de la cual pensaban obtener un más que saneado beneficio.

Alina expulsó el humo con gesto burlón y miró a la pareja a través de la nube azul.

—Una historia muy interesante —comentó—. Pero enteramente imaginativa.

—¡Señora! —exclamó Susan, indignada.

Quax extendió una mano, como para calmar sus ímpetus.

—No se excite —dijo—. Señora Sutterland, usted sabe de sobra que todo lo que he dicho es cierto. ¿Por qué, pues, se empeña en negar lo que puede ser corroborado por otros miembros de la sociedad?

Alina seguía fumando y mirándole con los ojos entrecerrados.

—Nunca admitiré una cosa semejante, sea o no verdad —contestó.

Quax se dio cuenta de que la sofisticada mujer no aceptaría haber tomado parte de la conspiración para matar al doctor Daniels. A pesar de todo, quiso hacer un último esfuerzo.

—Tengo una gran amistad con Jack Kenner —manifestó—. Podría hablarse de la amistad de un padre y un hijo. Él me ha contado todo lo ocurrido en este asunto…

—Entonces, si lo sabe usted, ¿por qué ha venido a verme? —preguntó Alina.

—Porque quiero que me diga dónde está uno de los miembros del grupo: Galton Morris.

—No lo sé.

—Escuche, señora —dijo Quax malhumoradamente—. Morris ha asesinado ya a Freya Wiesser y a Kitty Moore. Kenner y Gates van a morir también, a menos que se encuentre el remedio para la enfermedad que padecen, originada por el C-400. Tengo los suficientes indicios para suponer que es Morris el que piensa eliminar a los miembros de la sociedad. Si usted me dice dónde está, yo trataré de encontrarlo y…

Alina meneó la cabeza negativamente.

—Lo siento —dijo con laconismo.

Furioso, Quax se puso en pie.

—Está bien, señora, cuando se vea que se desintegra viva, como les sucedió a Kitty y a Freya y le está pasando a Kenner y a Gates, recuerde que yo vine a ayudarla, a cambio de una mínima colaboración suya, y que usted no movió un solo dedo por salvarse de la muerte.

Agarró a Susan por un brazo y se la llevó. Alina no dijo nada. Las sombras de la preocupación, sin embargo, aparecieron en su cara.

—Tony, ¿cree usted que Alina sabe algo? —preguntó Susan, una vez en el coche.

—Es posible. Sin embargo, yo me inclino más bien a pensar que no quiere admitir haber formado parte del grupo que decretó el asesinato del doctor Daniels.

—La he visto muy elegante, quizá demasiado. ¿A qué se dedica?

Quax hizo un encogimiento de hombros.

—No lo sé. Se lo preguntaré al señor Kenner —contestó—. Pero más que la profesión de la señora Sutterland, me interesaría saber dónde está el esqueleto de la señora Wiesser.

* * *

—Quisiera tener el humor suficiente para reírme de ti —dijo Kenner aquella misma noche.

Quax estaba en el comedor, con el dueño de la casa, cuyo brazo izquierdo aparecía metido en un cabestrillo de notable amplitud, lo que le permitía mantener oculta la mano enferma. Extrañamente, Kenner parecía haber recobrado su estabilidad emocional, como si se hubiera resignado ya a lo inevitable.

—Puede reírse todo lo que quiera, señor —contestó el joven—. No siempre las cosas salen a gusto de uno…

—Yo me refería a la Sutterland, muchacho.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Por lo que me has contado, llegaste allí en plan de polizonte rudo y acometedor. Y, por si fuese poco, llevaste a esa chica que es la sobrina de Daniels.

—Sí, claro; a fin de cuentas, ella también está interesada…

—Un interés muy raro, pero que no pienso discutir. Hablemos de ti y de tu papel de policía brutote y poco simpático.

—No sé qué hubiera hecho usted de estar en mi lugar —refunfuñó Quax.

—Muy sencillo: aprovecharme de mi tipo y de mis treinta años.

—¿Cómo?

Kenner elevó los ojos al cielo.

—Señor, Señor —clamó—. Y este muchacho que tengo aquí es un digno oficial del MI5, con el grado de capitán. ¡Dios salve a Inglaterra si un día ponen el contraespionaje en tus manos!

—Antes dijo usted que no tenía humor para reírse de mí. Creo que se está contradiciendo, señor.

—¿Conoces la profesión de la Sutterland?

—No, ni idea —confesó Quax.

—Algunos las llaman peripatéticas; otros, cortesanas; no quien les diga *call-girls*, aunque la

mayoría emplean la palabra justa y que yo, por decencia, no quiero pronunciar aquí.

—Vaya con la señora Sutterland —resopló el joven.

—De señora, nada, porque jamás ha estado casada. De todas formas, no vayas a creer que es una cualquiera. Siempre sabe elegir bien a sus presas, y lo corriente es que firme, digámoslo así, un *contrato* con un hombre por un determinado período de tiempo, a cambio, naturalmente, de un sustancioso incremento en su cuenta corriente. Y si cae alguna joya, no le hace ascos, como puedes comprender.

—Ya entiendo —dijo Quax—. Entonces, usted, lo que pretende es que yo vaya allí con un grueso fajo de billetes…

—Muchacho, eres duro de mollera. Con tu tipo y tus jóvenes treinta años, ¿para qué diablos necesitas el dinero con una fulana como la Sutterland? También las mujeres como ella tienen sus momentos de debilidad: lo que conviene es saber provocarlos y aprovecharse de ello.

Quax sonrió.

—Ahora ya le entiendo, señor —dijo—. La verdad, tiene usted toda la razón; debí haberlo pensado antes y… Perdone —añadió de pronto, muy serio—, ¿cómo va su… su brazo?

Los ojos de Kenner bajaron un instante hacia el cabestrillo.

—Ya me voy acostumbrando a perder huesos de vez en cuando —respondió fríamente—. Es probable que cuando me despierte mañana, me falten dos o tres huesecillos de la muñeca.

El joven se estremeció. ¿Era que no iban a poder detener la progresión del mal?, se preguntó, íntimamente horrorizado.

De pronto, Simmons, el mayordomo, entró con el teléfono en las manos:

—Llamada para el señor Quax —anunció—. Es la señora Sutterland.

Los ojos del joven fueron hacia Kenner.

—Caramba —murmuró—. Diríase que ha presentido que estábamos hablando de ella.

—Recuerda lo que te he dicho hace unos instantes —habló Kenner, mientras Quax se llevaba el teléfono a la oreja.

La voz de Alina sonó dulce y atractiva en sus tímpanos:

—Señor Quax, temo que me he portado descortésmente con usted y quisiera hacer algo para reparar mi falta —dijo la mujer.

* * *

Alina Sutterland vestía enteramente de negro, de los pies a la cabeza, sólo que el tejido de su indumentaria era poco más espeso que una tela de araña. Quax la encontró menos sofisticada y más natural que la víspera a pesar de la aparatosidad de su atavío.

—Venga y siéntese a mi lado —invitó cálidamente, a la vez que se colgaba de su brazo—. Tengo preparados ya dos combinados…

Quax la miró fijamente.

—Antes de seguir adelante, señora, quiero hacerle una pregunta y deseo una respuesta totalmente sincera.

—No me asuste usted, señor…

—Llámeme Tony, todos mis amigos lo hacen así. Y no trato de asustarla, sino de, aunque le parezca increíble, de salvarle la vida.

—Está bien, venga la pregunta.

—¿Se ha pinchado usted en estos últimos días? ¿Ha sufrido alguna minúscula herida, un rasguño, un arañazo, por ejemplo?

—No, y eso que suelo jugar mucho con *Laid*, mi gato de Angora…

—No lo toque usted siquiera. Evite que la arañe. Podría serle fatal —exclamó Quax.

—Me está asustando de veras, Tony —confesó ella.

—Hay motivos para tener miedo, créame.

—Pero yo no he hecho nada…

—Formó parte de la sociedad y eso es suficiente para quien, ahora, seguramente, posee la fórmula del C-400 y no quiere que nadie más la comparta —dijo Quax, muy serio.

—Creo que le entiendo —contestó Alina—. Y, en su opinión, es…

—A juzgar por todos los indicios que tengo, Morris.

Alina sonrió de pronto.

—Todavía estamos en pie —dijo—. Antes le hablé de dos combinados.

—Es cierto —convino Quax.

Tomaron unos sorbos. Luego, Alina se inclinó hacia él.

—Creo que ayer no me porté demasiado bien con usted, Tony —dijo.

—Olvídelo. Ha rectificado y eso es lo que importa.

—Estaba un poco nerviosa…

—No se preocupe, yo ya lo he olvidado.

—¿De veras, Tony?

La mirada de Alina encerraba una muda promesa que él no podía ignorar. Pasó un brazo por los hombros de la mujer y la atrajo hacia sí.

—Alina —murmuró, a los pocos momentos.

—¿Sí, querido? —contestó ella, con voz ensoñadora.

—¿Dónde crees tú que puede esconderse Morris?

—Sé que tenía una posesión cerca de Waterhite, hacia el Norte, a unos ciento veinte kilómetros… Slander Farm, me parece que es el nombre de la propiedad… ¿Has probado de ver a encontrarlo en casa de Londres?

—No está. He ido varias veces y no contesta. El conserje me ha dicho que se marchó de viaje.

—Entonces, no cabe duda; se ha escondido en Slander Farm.

—¿Qué te hace pensar que está allí?

—¿Y en qué otro sitio podría esconderse? Cuando vayas allí, lo comprenderás, Tony.

Quax lanzó una disimulada mirada a su reloj de pulsera. Era ya demasiado tarde para emprender el viaje hasta Waterhite. Y, por otra parte, lo más interesante estaba en el laboratorio de Barrow.

De pronto, ella le besó y se puso en pie.

—Voy a peinarme un poco —dijo—. Tengo el pelo completamente revuelto…

—A mí me gustas como estás —sonrió el joven.

Alina se dirigió a la habitación contigua. Quax podía verla desde el diván, en el que estaba repantigado, mientras consumía plácidamente un cigarrillo. De pronto, la vio abrir un armario.

Inmediatamente, ella dio un salto hacia atrás, a la vez que lanzaba un espantoso alarido. Lleno de alarma, Quax se puso en pie y corrió hacia el dormitorio.

Un escalofrío de horror recorrió su cuerpo al ver el esqueleto que pendía de uno de los colgadores de ropas. Los dientes de la calavera reían silenciosamente.

Pendiente del cuello había un cartel, pintado con letras trazadas apresuradamente en un gran cartón:

ERES COMO YO FUI.
SERÁS COMO YO SOY.

Se oyó un gran golpe.

Quax volvió la cabeza. Alina, incapaz de resistir la emoción del momento, se había desmayado.

CAPÍTULO X

—Tuve que llevarla a casa de Kenner. Por nada del mundo hubiera querido seguir en su propio departamento.

—A cualquiera le hubiera pasado lo mismo —contestó Susan al día siguiente, mientras el coche que conducía Quax rodaba en dirección a Waterhite—. ¿Qué ha hecho usted del esqueleto, Tony?

El joven suspiró.

—Tuve que empaquetarlo y se lo llevé a mi amigo el doctor Barrow. Era lo mejor que podía hacer —contestó.

—Sí, es cierto —admitió ella—. ¿Cómo van las investigaciones de Barrow?

—Dijo tener una pequeña pista, aunque no garantizó nada todavía. Para él, lo ideal sería disponer de la fórmula; entonces, seguramente, conseguiría el antídoto que detendría el proceso de desintegración.

—No es una gran esperanza, ¿verdad?

—Kenner se ha resignado ya a lo inevitable. Incluso parece tomárselo con cierta filosofía.

—Debe de ser un hombre muy valeroso —se estremeció la muchacha—. Yo me horrorizaría sólo de ver cómo me convertía en ceniza poco a poco.

—No es agradable, en efecto. Bien, ahora esperemos nuestra suerte.

—¿Se refiere a Morris?

—Sí. Al menos, detendremos sus crímenes, porque todavía hay algunos indemnes: la Sutterland, McCroyd y Keryac.

—Es cierto —exclamó Susan de pronto—. A Keryac no le hemos visto todavía. Y sería interesante conocer lo que opina de este asunto, ¿no le parece?

—Por supuesto, pero es que estos días hemos estado demasiado ocupados para pensar en él. Después de ver si Morris está o no en Slander Farm, iremos a buscar a Keryac.

Era una propuesta sensata, se dijo la muchacha. Reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y dejó ir la vista por el paisaje circundante.

Media hora más tarde, Quax metió su coche por un camino secundario, bordeado de gruesos castaños de Indias. El suelo estaba lleno de hojas secas.

—No parece que haya aquí mucha actividad —comentó Susan, al ver el estado general de abandono en que se hallaba el lugar.

Segundos más tarde, el coche desembocaba en una explanada, en cuyo centro se hallaba un edificio de inclinado techo de pizarra, a dos aguas, y de una sola planta. Hubiera tenido mejor aspecto, de no verse claramente que ya hacía tiempo no era habitado.

La hiedra de las paredes estaba mustia. Los cristales se veían polvorientos. Había algunos rotos. Las maderas de los marcos de las ventanas aparecían agrietadas, medio podridas en algunos sitios y, en general, perdida la pintura.

—Se ve que Morris no tenía precisamente Slander Farm como lugar de asueto —dijo la muchacha.

Quax detuvo el coche y se apeó. La puerta tenía un llamador que era una gran mano de hierro,

con una bola entre los dedos. Golpeó con el llamador un par de veces y esperó.

Los golpes retumbaron con sonoros ecos en el interior de la casa, pero nadie respondió a las llamadas. Susan, más decidida, se acercó a la puerta e hizo girar el picaporte.

—Paso franco —dijo con acento de triunfo.

La puerta giró sobre unos goznes que chirriaron estridentemente. Olor a humedad asaltó inmediatamente la pituitaria de los dos jóvenes.

—No hay nadie —exclamó Susan.

—¿Está segura? —dijo Quax—. Mire al suelo, por favor.

Susan hizo lo que él le decía. Una apagada exclamación de sorpresa brotó en el acto de sus labios.

El suelo, de grandes losas de piedra, estaba cubierto de una espesa capa de polvo. Pero las huellas de pisadas de una persona aparecían marcadas con toda nitidez, dirigiéndose hacia el interior del edificio.

—Hay alguien en la casa —murmuró Susan, sintiendo un escalofrío que le recorría toda la espalda.

Quax asintió.

—Y no hace ni una hora siquiera, o quizá menos, que ha entrado en Slander Farm —aseguró.

Las huellas seguían una dirección determinada. Atravesaban el amplio vestíbulo y se dirigían hacia una puerta que aparecía cerrada al fondo.

Quax avanzó hacia la puerta y la abrió. Al otro lado había un salón con el mobiliario poco menos que en ruina.

—No hay nadie —musitó Susan.

—Se equivoca —dijo él en voz muy baja.

Al fondo había un enorme armario de madera. Susan se llevó una enorme sorpresa al ver que Quax sacaba un revólver y se acercaba al armario.

—Salga de ahí, quienquiera que sea —ordenó enérgicamente.

Susan volvió a bajar la vista al suelo. Las huellas que había visto antes terminaban justo ante la puerta del armario.

* * *

Alguien tosió con fuerza. Luego, la puerta del armario se abrió y un individuo saltó al suelo.

—No dispare —pidió, con las manos en alto.

—No lo haré, a menos que intente atacarme —contestó el joven—. Soy Quax. Ella es Susan MacCord, sobrina del doctor Daniels.

—El maldito doctor Daniels —rezongó el desconocido—. Me llamo Guy Keryac.

—Vaya, hace unos instantes hablábamos de usted —exclamó Susan.

—Qué coincidencia —dijo Keryac con sarcástico acento—. ¿Cómo han sabido que me escondía en el armario?

—El suelo está lleno de polvo —contestó Quax.

Keryac bajó la vista e, inmediatamente, emitió un gruñido de descontento.

—Debí haber pensado en ello —se lamentó.

—Se escondió en el armario para que no le viéramos, pero ¿es que tiene que esconder algo que no quiere que sepan los demás?

—No, diablos, soy inocente.

—Salvo que pagó mil quinientas libras por asesinar a mi tío —exclamó Susan, indignada.

—Yo no lo maté, señorita.

—Pero pagó para que lo mataran. ¿Qué diferencia hay entre usted y el que apretó el gatillo?

—Está bien, no discutamos ahora algo que ya no se puede remediar —intervino Quax—. Queremos saber qué hace usted en Slander Farm, señor Keryac.

El hombre emitió un gruñido.

—No parece que la pregunta sea muy de su agrado —dijo Susan.

—¿Está buscando a Morris? —inquirió el joven.

—¿Por qué no lo admite de una vez?

—Susan, por favor, no lo atosigue. Vamos, Keryac, conteste de una vez.

—Sí —dijo el otro—. Y si lo busco, ¿qué les importa a ustedes?

—¿Acaso tiene ya comprador para el C-400?

—¡Condenado C-400! —Se lamentó Keryac—. Ojalá no hubiera oído hablar nunca de esta fórmula del diablo.

—Pero oyó hablar y se gastó catorce mil libras en total, como los demás consocios en el asunto. Y ahora, le guste o no, tiene que seguir adelante hasta el final. ¿Por qué busca a Morris? —insistió Quax.

—Bueno, quiero hacer un trato con él…

—¿Qué clase de trato? —preguntó Susan.

—Dinero.

—¿Pedir o dar?

—Dar, rayos. No quiero convertirme en polvo. Tengo treinta y seis años y una salud a prueba de bombas. Me gusta vivir, ¿comprenden?

Quax miró a Keryac, un sujeto bien plantado, moreno, con un fino bigotito negro y aire realmente atractivo para las mujeres. Comprendía sus ansias de vivir.

—Es decir, quiere verle para ofrecerle una suma a cambio de que le deje en paz —adivinó.

—Exactamente. Ese tipo se ha cargado ya a dos de nosotros; Gates y Kenner están afectados también por el mal del C-400. Trate de entender mi postura.

—Es un negocio de altura. Morris no se conformará, suponiendo que acceda a su propuesta, con unos pocos miles de libras esterlinas.

Keryac se pasó una mano por la barbilla.

—Hablando se entiende la gente, ¿no? —contestó desabridamente.

De pronto, Quax se sintió acometido por una viva sospecha.

—Ponga las manos sobre la nuca —ordenó—. Voy a registrarle.

Keryac obedeció. El registro resultó fructífero. Quax se guardó la pistola calibre 25 que Keryac tenía en uno de sus bolsillos.

—Apostaría algo a que ha venido aquí para pegarle cuatro tiros a Morris —dijo.

—Han llegado demasiado pronto —rezongó el individuo—. De lo contrario, es posible que Morris ya estuviese muerto a estas horas.

—Suponiendo que esté en la casa —dijo Susan.

—¿Está? —preguntó Quax.

—No lo sé, aún no he tenido tiempo de verlo.

—Por cierto, ¿dónde ha dejado el coche?

—Está al otro lado, en la parte trasera; no quise que alguien lo viese desde el camino.

Susan tocó a Quax en un hombro.

—Creo que hablamos como loros —dijo—. ¿Por qué no registramos la casa, a ver si es cierto o no que su dueño está en ella?

—Sí, es una buena idea —aprobó el joven—. ¿Quiere acompañarnos, Keryac?

—Apoya usted sus peticiones con un argumento irresistible —dijo el otro, sarcásticamente.

—Pero yo iré delante de usted, no tema —contestó Quax.

Echaron a andar. Salieron de la habitación y atravesaron el zaguán.

Al otro lado había varias puertas más. Abrieron una y se encontraron con un dormitorio, en el que había alguien, aunque no estaba en la cama.

—¡Rayos, es McCroyd! —exclamó Keryac.

El hombre estaba sentado en un sillón, al pie del cual había un trozo de papel. Quax se estremeció al ver el horrible color de ceniza que había en la cara de McCroyd.

Keryac se acercó al individuo. Quax lanzó un fuerte grito:

—¡No lo toque!

Pero Keryac no le hizo el menor caso y golpeó a McCroyd en un hombro.

—Vamos, hombre, despierta…

El golpe fue el factor desencadenante de la descomposición del cuerpo de McCroyd. Keryac retrocedió, mientras veía a su antiguo consocio deshacerse como si fuese una estatua de ceniza.

—No…, no… —tartamudeaba, enloquecido de terror.

Las ropas que habían cubierto el cuerpo de McCroyd cayeron al suelo, con fúnebre repiqueteo de huesos que se desmoronaban en tétrico montón, mientras una apestosa nube de humo gris se elevaba a lo alto. A pesar del horror de la situación, Quax conservó la serenidad suficiente para ponerse un pañuelo ante la nariz y abalanzarse hacia el papel caído al pie del sillón.

Luego retrocedió hasta la puerta. Keryac estaba lívido, como si fuera a desmayarse. Susan se sentía asimismo muy impresionada, aunque no tanto como la primera vez.

Había algunas letras escritas en el papel, con pulso que se adivinaba inseguro. Quax supuso que McCroyd había redactado su mensaje en los últimos momentos de consciencia.

HA… SIDO… MORRI…

—Morris otra vez —exclamó.

Keryac temblaba como un azogado. Quax lo empujó hacia afuera.

—Salgamos de aquí —dijo, a la vez que le ponía la mano en un hombro.

Keryac se quejó de pronto.

—¿Qué le pasa? —preguntó el joven.

—Me he pinchado en el armario. Es más estrecho de lo que parece y había un clavo saliente en la pared del fondo…

Quax sintió que se le ponían los pelos de punta. Sin embargo, prefirió no decirle nada al individuo.

—Voy a darle un consejo, señor Keryac: véngase con nosotros a casa de Kenner. Alina Sutterland está allí también. Llamaremos a Gates y estarán todos juntos. De este modo, si Morris intenta atacar de nuevo, se le podrá rechazar con más facilidad, que si todos estuvieran separados, cada uno por su lado. ¿Le parece bien?

Keryac asintió.

—Sí, pero… llévenme en su coche… No…, no estoy en condiciones de manejar el mío —respondió, con voz insegura.

CAPÍTULO XI

Keryac temblaba como un azogado al entrar en el automóvil. Durante todo el trayecto, no despegó los labios.

Por otra parte, Quax y Susan hablaron muy poco. Casi lo único que dijo él se refirió a Barrow.

—Ahora tiene una buena ocasión para intervenir —opinó la muchacha.

—Sí, eso creo yo.

—Pero no aquí, sino en Slander Farm, en el armario.

Quax asintió.

—Se lo diré en cuanto lleguemos a casa de Kenner —aceptó la sugerencia.

El viaje se deslizó sin contratiempos. Casi dos horas después de haber abandonado Slander Farm, avistaron la residencia de Kenner.

—¿Entramos por detrás? —dijo Susan.

—No, ¿para qué? Aquí no tenemos que ocultarnos de la gente.

—Salvo de Morris, claro está. Oiga, Tony, si yo hubiera tomado parte en ese sucio asunto, estaría con los pelos de punta.

—A cualquiera le pasaría lo mismo —sonrió él.

Quax detuvo el coche y se apeó. Susan salió por su lado.

Pero Keryac no se movía.

—Vamos, salga —dijo el joven.

Y abrió la portezuela.

Keryac continuó quieto.

Quax adivinó la verdad y se puso pálido.

Volvió la cabeza y divisó a la muchacha a punto de desfallecer.

—En menos de dos horas… —dijo Susan, con voz vacilante.

Casi sin saber lo que hacía, Quax cerró de golpe. Una nube de humo se elevó del asiento posterior.

Se oyó un siniestro castañeteo. Los huesos de Keryac caían al suelo del automóvil. La calavera rebotó primero en el asiento, antes de reunirse con el resto de la osamenta.

De repente, el joven echó a correr hacia la casa. Susan, sin comprender sus intenciones, le siguió a corta distancia.

Simmons, el mayordomo, hubo de apartarse para no ser atropellado. El joven entró en el salón y vio a Kenner y a Alina charlando apaciblemente.

—¡Tony! ¿Qué ocurre? —preguntó Kenner, alarmado por la actitud de Quax.

—McCroyd y Keryac han muerto, incinerados en frío por el C-400 —respondió el joven—. Keryac estaba vivo aún no hace dos horas. En estos momentos, sus huesos están amontonados en el interior de mi automóvil.

Alina lanzó un chillido y escondió la cara en las manos. Kenner hizo crujir los dientes.

—¿Morris? —dijo.

—Sí. McCroyd tuvo tiempo de escribir su nombre antes de morir, aunque no tenemos la menor idea de los términos en que se desarrolló la entrevista en Slander Farm.

—Es decir, McCroyd creía también encontrar allí a Morris.

—Sí, eso supongo.

—Estamos condenados, condenados… —sollozó Alina.

Quax se volvió hacia Susan e hizo un gesto con la cabeza. La muchacha comprendió y se acercó a Alina para tratar de consolarla.

—Hay que hacer algo, muchacho —dijo Kenner.

—Sí, señor.

Quax se acercó al teléfono y marcó un número. Esperó unos momentos y, cuando oyó la voz de Barrow, dijo:

—Crainie, vente inmediatamente.

—¿Qué sucede, Tony? —preguntó el biólogo.

—Tengo trabajo para ti. Quizá pueda darte la solución.

—Sería estupendo —suspiró Barrow—, porque, a pesar de lo que te dije el otro día, aún no acabo de ver las cosas claras.

—Quizá ahora lo consigamos. No tardes, Crainie.

Quax colgó el teléfono y volvió los ojos hacia Kenner.

—Voy a guardar mi coche en el garaje —manifestó—. Diré a Simmons que ordene a la servidumbre que no lo toque bajo ningún pretexto.

Kenner asintió.

—Estás en tu casa, muchacho —contestó.

* * *

Barrow arrugó la nariz al percibir el olor que salía por la portezuela del automóvil. Había poca luz ya y Quax se vio obligado a alumbrar los restos de Keryac con una lámpara portátil.

El biólogo comprendió en el acto lo ocurrido.

—Otra víctima del C-400, ¿eh? —dijo.

—Exacto —corroboró Quax—. Se desintegró en menos de dos horas. Entró en el coche, para venirse con nosotros; tenía el suyo, pero, por lo visto, no se sentía bien, de modo que no tuve inconveniente en aceptarle como pasajero. Yo viajaba también con Susan MacCord y todo esto nos había preocupado mucho, de modo que hubo un rato que ni siquiera cruzamos una palabra. Ya sabes lo que pasa en estas ocasiones, Crainie.

Barrow asintió.

—Por supuesto —dijo—. Continúa, Tony.

—Bien, cuando llegamos aquí, ya había muerto. Abrí la portezuela y entonces fue cuando nos dimos cuenta de lo ocurrido. Cerró de golpe y la sacudida hizo que se derrumbasen todos los huesos al fondo del coche.

Barrow guardó silencio durante unos momentos. Casi desesperado, Quax exclamó:

—Crainie, ¿qué diabólica droga puede producir efectos tan terroríficos? ¿Cómo es posible que una persona pueda convertirse en ceniza en noventa o cien minutos?

El biólogo hizo un gesto de impotencia.

—Sólo puedo decirte que es un proceso de para-descomposición orgánica, aunque muy acelerado, similar al que se produce en un organismo animal después de su muerte, pero no del todo exactamente igual. El quid de la cuestión estriba en su increíble rapidez de desintegración.

—Pero los huesos resisten, no desaparecen…

—Por la misma razón que en un cadáver normal son lo último que se funde con la tierra y, en según qué condiciones, se calcifican y duran muchísimos años. ¿No están descubriendo todavía los geólogos y arqueólogos huesos de personas que vivieron hace miles, incluso millones de años?

—Sí, es cierto. Sin embargo, hay tejidos duros, cartílagos…

—Son tejidos blandos —dijo el biólogo—. En comparación con los huesos, claro. Pero, de todas formas, no podré emitir una opinión definitiva hasta tanto haya terminado mis análisis…, suponiendo que consiga un resultado satisfactorio.

—Estoy seguro de que tus investigaciones adelantarían mucho si consiguieras una muestra del C-400, ¿no es cierto?

Los ojos de Barrow brillaron.

—¿Dónde la tienes? —exclamó.

—Soy un idiota —se apostrofó a sí mismo—. Pude haberla traído conmigo, pero la dejé en el mismo sitio… Keryac se escondió en un armario cuando llegamos nosotros y entonces se pinchó con algo en la espalda. Nos lo dijo después, claro; yo pienso que se trata de un clavo saliente en la pared interior del armario.

—Podríamos ir a buscar ese clavo —dijo Barrow.

—Eso es precisamente lo que esperaba de ti —sonrió el joven—. Pero no quiero viajar en este coche.

—Sí, lo comprendo.

—Espera, Crainie; voy a avisar a la casa que nos vamos a Slander Farm.

Quax volvió de nuevo al salón y anunció sus propósitos. Susan, al oírlo, se puso en pie.

—Iré con ustedes —dijo.

—No, será mejor que se quede aquí a cuidar del señor Kenner.

—Yo necesito ya muy pocos cuidados —dijo el aludido, sonriendo tristemente—, pero comprendo que lo que vas a hacer no es cosa de mujeres, dicho sea sin ánimo de ofender.

Susan hizo una mueca de disgusto, aunque se daba cuenta de que Quax no cedería en aquel aspecto.

—Está bien. Suerte —le deseó.

—Gracias. Señor —se dirigió Quax al dueño de la casa—, voy a necesitar uno de sus automóviles.

—Llévate el «Morris». Para según qué cosas, resulta más útil que el coche grande.

—Sí, señor.

Quax ya no añadió una sola palabra más. No era hora de hablar, sino de actuar.

* * *

Un rayo de luna asomó tímidamente por una brecha en las nubes e iluminó el paisaje. Barrow

sintió un escalofrío al ver la casa.

—¡Qué siniestro resulta todo esto! —murmuró.

Quax sacó del coche una gran lámpara eléctrica y avanzó hacia el edificio. Barrow caminaba a su lado.

Entraron y se dirigieron rectamente hacia el salón. Los huesos de McCroyd estaban allí, exactamente donde habían quedado, tras la descomposición de su cuerpo.

—Ahí está el armario —señaló Quax.

El haz de rayos de la linterna iluminó el interior del armario. El clavo saliente en la pared del fondo era claramente visible.

—Casi dos centímetros —dijo Barrow, mientras se calzaba unos gruesos guantes de cuero.

Luego sacó unos gruesos alicates y cortó toda la parte del clavo que sobresalía de la madera. El trozo de hierro cayó sobre una cajita especialmente preparada, que Barrow había traído a prevención.

Una vez fuera, pidió a su amigo que le iluminase con la lámpara y, provisto de una lupa de gran potencia, examinó durante unos minutos aquel trocito de metal, en el que se advertían sin dificultad unas manchitas de sangre seca.

—Me pregunto cómo el criminal supo que alguien se escondería al armario —dijo, al cabo de un rato de silencio.

—Quizá hizo algo deliberadamente encaminado a obligar a su víctima esconderse ahí —apuntó Quax—. Keryac no estaba aquí por capricho o diversión y no quería que nadie le viese. Había venido a ajustar cuentas con Morris y es muy probable que éste lo supiera. Posiblemente, McCroyd también vino con las mismas intenciones. ¿Vinieron ambos al mismo tiempo? Eso ya no tiene importancia; lo que sí la tiene es que Morris contaba con asustar a uno de los dos y hacerle correr a esconderse al armario. El pinchazo, en estas circunstancias, resultaba inevitable.

—Pero fue vuestra llegada la que lo asustó —objetó Barrow.

—¿Sabemos si Morris estaba por ahí escondido, divirtiéndose como un loco con nuestras idas y venidas, pero más aún al pensar lo que les esperaba a McCroyd y a Keryac?

—Bueno, es que tú has dicho que el cuerpo de McCroyd se deshizo porque Keryac le pegó un golpe en el hombro…

—Cierto, Crainie, lo cual no significa que hubiesen venido por separado. Probablemente, así fue, pero, repito, éste es un detalle sin importancia. No sabemos tampoco si Keryac se escondió dos veces: una, esperando la llegada de Morris o al oír algún ruido sospechoso, y otra, al oírnos a Susan y a mí. Como sea, el clavo impregnado de C-400 hizo su funesta labor.

—McCroyd tuvo tiempo de acusar a Morris antes de morir.

—No cabe la menor duda; el mensaje que dejó resulta inequívoco. Pero…

¡BLAM!

El portazo resonó en alguna parte de la casa, interrumpiendo súbitamente a Quax. Los dos hombres miraron instintivamente hacia el lugar de donde procedía el sonido.

De repente, Quax echó a correr, a la vez que sacaba su revólver.

—¡No te muevas, Crainie! —ordenó.

El joven alcanzó la puerta de la casa. Al llegar afuera, divisó una sombra que corría a lo lejos,

atravesando oblicuamente la explanada.

—¡Alto! —gritó.

Pero el individuo no hizo caso de su intimación. Quax disparó un par de tiros y el fugitivo se tambaleó, aunque no llegó a caer.

Corría en busca de un automóvil, situado en el camino. Quax se dio cuenta de que si el individuo conseguía subir al coche, habría perdido la mejor oportunidad y se lanzó en su persecución.

Pero, súbitamente, el desconocido se revolvió y empezó a tiros con él. Quax se tiró al suelo, mientras las balas silbaban espesamente a su alrededor.

Protegido por su propio fuego, el hombre ganó su automóvil, y arrancó a toda velocidad. Quax se levantó de un salto y corrió en busca de su coche.

Abrió la portezuela, pero no llegó a sentarse tras el volante.

Una maldición se escapó de sus labios. La rueda delantera izquierda estaba deshinchada, perforada por un proyectil.

A lo lejos, el rugido del motor del coche que escapaba a toda velocidad, pareció una sonora carcajada de burla.

CAPÍTULO XII

—Al menos, hemos conseguido una cosa —dijo Quax a la mañana siguiente—. Morris ya sabe que vamos tras sus huellas.

—Pero eso no arreglará la situación en que me encuentro —dijo Kenner, a la vez que levantaba el brazo izquierdo, enfundado en una especie de saquete de tela hasta más arriba del codo.

Susan se estremeció y procuró no mirar a aquel hombre que se desintegraba en vida. Profundamente intrigada, se preguntó por qué unos, como Kenner y Gates, tardaban tanto en convertirse en ceniza, mientras que otros se deshacían de una forma tan rápida.

Quizá, se dijo, ni Morris supiese explicarlo. Morris se había apoderado de una fórmula de terribles efectos y estaba actuando ahora como el aprendiz de brujo: había desencadenado las misteriosas fuerzas de la naturaleza, pero no sabía cómo reprimirlas.

—Con tal que todo quede dentro de este pequeño grupo —deseó, egoístamente, para sí.

—Sin embargo, hemos obtenido un pequeño triunfo —dijo Quax.

—¿Te refieres al clavo con el que se pinchó Keryac? —preguntó Kenner.

—Sí. Hasta ahora, sólo teníamos restos humanos como base para iniciar las investigaciones. Por fin, a partir de anoche, contamos con algo en lo que debe de haber una muestra del terrible C-400.

—¿Conseguirá algo Barrow? —preguntó Susan. Pero apenas había hablado, se dio cuenta de que habían sido unas palabras imprudentes y miró consternada al dueño de la casa—. Lo siento, señor —se disculpó.

Kenner sonrió tristemente.

—No se preocupe, muchacha —contestó—. A decir verdad, empiezo ya a acostumbrarme a mi situación. Incluso empiezo a sentir curiosidad por saber el momento en que voy a morir.

Una especie de viento helado descendió sobre la estancia.

—Nunca me arrepentiré bastante de no haber acabado con Morris —se lamentó Quax.

—Al menos conseguiste herirle —dijo Susan.

—Sí, pero no fue una herida de gravedad. Pudo escapar y nosotros perdimos demasiado tiempo, cambiando la rueda agujereada por uno de sus disparos.

Alina Sutterland entró en aquel momento. Se había peinado con el pelo liso, tirante hacia atrás, y su cara estaba limpia totalmente de maquillaje. Vestía un sencillo traje de discreto color y aparecía pálida, aunque no con la palidez propia de los atacados por el virus C-400.

Era mayor de lo que había pensado, se dijo Quax. Los treinta y cinco años de la Sutterland hablan quedado atrás.

—¿Alguna novedad? —preguntó la recién llegada.

El teléfono sonó en aquel momento.

Kenner alargó la mano derecha y dio su nombre.

—Ah, hola, Simon —saludó, al reconocer a su interlocutor—. ¿Cómo estás? Perdido, ¿verdad? Lo mismo que yo, pero… ten ánimo; ya hay quien se ocupa del remedio. Sí, por supuesto, quedaremos mancos…, pero en estas circunstancias, perder un brazo es como para dar saltos de

alegría… Claro, cometimos un error al enredamos en el maldito asunto del C-400… A otros les ha costado algo más que un brazo.

Kenner calló un momento. Luego, de pronto, lanzó una exclamación:

—Pero, hombre, ¿por qué diablos no has empezado por ahí? —barbotó.

De pronto, Kenner le entregó el teléfono:

—Toma, Gates quiere hablar contigo —indicó.

El joven se apoderó del auricular.

—¿Señor Gates?

—Hola, muchacho. Tengo que darte una noticia sensacional. Acabo de matar a tiros a Morris.

Quax sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Seguro, señor? —preguntó.

Gates lanzó una extraña risita.

—Lo tengo aquí, a mis pies, con un agujero en el centro de la frente —contestó.

—¿Estaba armado, señor?

—Sí. Sólo que yo tuve más suerte y le acerté de lleno.

—Sí, tuvo usted suerte, porque, seguramente, Morris andaba algo torpe de movimientos, a consecuencia del tiro que yo le pegué anoche en Slander Farm —dijo Quax.

—¿Estaba herido? —exclamó Gates, perplejo—. Muchacho, que yo sepa, no tiene otra herida que la que le ha causado mi revólver.

* * *

Los camilleros se llevaron el cadáver y el fotógrafo policial tomó las últimas placas. Había un par de agentes uniformados en la puerta. El inspector Gardner se acercó al dueño de la casa.

—Encuentro muy extraño que no avisara a la policía inmediatamente de sucedido el hecho —dijo.

—Hace días que no me encuentro bien —manifestó Gates—. Además, después de disparar contra el señor Morris, me dio como una especie de vahído y estuve sin conocimiento bastante rato. Quizá no fue un desmayo completo, pero no podía hacer el menor movimiento. Trate de comprenderlo, inspector.

—Usted es su abogado —dijo Gardner, volviéndose hacia Quax, presente en la entrevista.

—Así es —confirmó el joven.

—¿Tiene alguna idea de los motivos de la discusión?

—No, inspector, salvo que estimo se produjo por diferencias en negocios que ambos, el señor Gates y la víctima, tuvieron en común hace tiempo. Pero estimo necesario que se fije en el detalle de que el señor Morris disparó primero contra mi cliente. Naturalmente, el señor Gates tenía pleno derecho a defenderse.

Había un agente extrayendo la bala incrustada en una de las paredes.

—También pudo ocurrir que Morris disparase por un movimiento reflejo, al ser herido por la bala del señor Gates —alegó Gardner.

—Es posible, pero, en todo caso, Morris ya tenía su pistola en la mano. Una persona que recibe

un balazo en la frente, cae fulminada; no tiene ya tiempo de sacar la pistola de su bolsillo. Si el señor Morris apareció aquí, pistola en mano, estimo lógico y justo el derecho de mi cliente a defenderse de lo que estimaba una agresión. Quizá el señor Morris sólo pretendía intimidar a mi cliente, pero eso no es fácil de aclarar. Una pistola en la mano de un hombre puede dar lugar a muchas reacciones, entre las cuales figura la de defenderse también con otra pistola.

Gardner asintió.

—Unos argumentos irreprochables —calificó—. De todas formas, habrá de sostenerlos en su día ante un tribunal.

—Mi cliente acudirá al juicio, cuando sea citado para ello —aseguró el joven.

Los policías se marcharon. Gates y Quax se quedaron a solas.

—Lo ha hecho usted muy bien, señor —dijo el joven.

—He seguido sus consejos, muchacho. Pero todo ocurrió como le he dicho: Morris disparó primero y yo me defendí.

—¿Le acusó de algo?

—Dijo que era yo el que estaba matando a los demás y que no quería correr la misma suerte. Estaba como loco, yo diría que presa de un pánico insuperable. Me asusté bastante, créame…, y mi suerte fue tener el revólver al alcance de la mano.

—Sí, fue una suerte —convino el joven pensativamente—. Y no estaba herido.

—¿Por qué había de estar herido Morris? —Se sorprendió Gates.

—Anoche disparé contra él, ya se lo dije antes. Le vi tambalearse, pero quizá fue que tropezó con algo.

Quax se dijo que había hecho bien, prohibiendo a Gates avisar a la policía hasta que él llegase. De este modo, había podido examinar a conciencia el cadáver de Morris, sin encontrar en él la menor señal de herida de bala.

Salvo la que le había alcanzado en el centro de la frente.

Una sociedad trágica, se dijo. Ocho personas se habían reunido, primero para un negocio de grandes rendimientos y luego para acordar la muerte de un hombre. Sólo quedaban tres con vida y dos de ellos en inminente peligro de morir por descomposición física.

—Quiero hacerle un par de preguntas, señor Gates —dijo de pronto.

—Sí, desde luego.

—¿Habló con Morris acerca del procedimiento empleado para asesinar al doctor Daniels?

—Sí, lo confesó todo. Él fue quien contrató a Hards y a Keany. Hards era el ejecutor y Keany el especialista en cajas de caudales. Ambos habían sido comandos del Ejército…

—Por eso me sonaba a mí el nombre de Hards —musitó Quax.

—Mataron a Daniels y tiraron su cuerpo al barranco. Hards mató a Keany y también lo arrojó por el mismo sitio. Luego se reunió con Morris y entonces fue cuando éste le pegó cuatro tiros.

—Una frase tópica que, en este caso, se convirtió en real descripción de lo ocurrido —comentó Quax.

* * *

—Entonces, ¿estamos libres de amenaza? —dijo Alina.

Quax no estaba seguro de que su respuesta fuese una afirmación en la que hubiese de creerse a pies juntillas, pero no le quedaba otro remedio que contestar en tal sentido.

—Sí, claro —dijo.

Alina exhaló un hondo suspiro.

—Bien, en tal caso, no tiene sentido que yo siga en esta casa.

—A su gusto, señora Sutterland.

Ella se le acercó insinuante. Estaban solos y le dirigió una sonrisa inequívoca.

—Creo que nos tuteábamos —dijo.

—Es verdad, lo había olvidado.

—Tienes una memoria pésima, querido —rió ella—. Quizá ya ni te acuerdas de mi casa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me gustaría que vinieras esta noche a tomar unas copas conmigo. Deseo recompensarte lo que has hecho por mí y me parecería incorrecto hacerlo con un puñado de billetes.

—Quizá yo los aceptase, Alina —sonrió Quax.

—Tú no eres un fenicio. Aprecias otras cosas más que el dinero.

Alina le dio un palmadita en la mejilla. Luego se empinó sobre las puntas de los pies para besarle.

—Ya que no sale de ti la iniciativa…

—¿Estorbo? —Sonó de pronto la voz de Susan.

Alina se separó del joven, sonriendo indiferentemente.

—No, ya me iba —manifestó—. Recuerda lo que te debo, Tony —se despidió.

—Está muy solicitado por las mujeres, ¿eh? —dijo Susan sarcásticamente, al quedarse solos.

—Señorita MacCord —dijo él con frialdad—, la señora Sutterland trataba, simplemente, de expresarme su agradecimiento por haberle salvado la vida.

—Sí, ya sé que es usted el salvador de las mujeres en apuros. Quizá por eso una tal Betty Duncan le llama con urgencia al Three Flashes.

—¡Betty Duncan! —resopló él.

—La misma. Y con mucha, muchísima urgencia —recalcó Susan con acento burlón.

CAPÍTULO XIII

Betty le vio entrar en el local e hizo un gesto con la cabeza. Quax lo comprendió en el acto y se dirigió a uno de los extremos de la larga barra.

—Tengo noticias para ti —dijo la mujer, después de haber pedido dos copas.

—¿Qué clase de noticias, hermosa? —preguntó él.

—Tú buscas a un tipo llamado Morris, ¿no es cierto?

—Ha muerto, Betty.

Quax respingó.

—Entonces, el que yo he visto es su fantasma.

—Betty, no bromees —gruñó.

—Estoy hablando completamente en serio. He visto a Morris no hace siquiera media hora. ¿Por qué, si no, crees que te he llamado?

—¿Has dicho media hora, Betty?

—El tiempo justo que has tardado en llegar tú. Se marchó cuando yo me disponía a llamarte por teléfono.

—Pero, Betty, Morris ha muerto esta misma mañana… Yo, en persona, he visto su cadáver. Tenía un tiro en medio de la frente…

La mujer se desconcertó.

—¿Me habré equivocado? —dijo.

—Un momento —exclamó él—. ¿A qué vino el supuesto Morris a este local?

Betty se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho, como es lógico… ¡Aguarda un momento! —exclamó de pronto—. Tony, quizá tengas que gastarte algunas libras, pero sé de uno que nos dirá a qué vino Morris.

—Nena, no te preocupes por el dinero —dijo él.

Betty le guiñó un ojo. Se separó del mostrador y caminó en busca de un individuo que estaba sentado con otros en torno a una mesa. Quax la vio hablar con el sujeto. Luego, los dos se acercaron al mostrador.

—Ray, éste es Tony Quax —dijo Betty—. Tony, te presento a Ray Michaels.

—Hola, amigo —dijo el joven—. ¿Una copa?

Michael se llevó dos dedos a su gorra de visera a cuadros.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —inquirió.

—Necesito una información. Pagaré bien.

—Si lo sé… —contestó Michaels reticentemente.

Betty tocó al joven en el tobillo, con la punta de su zapato. Quax entendió la indirecta y sacó un rollo de billetes.

—Pregunte, señor Quax —invitó.

—Usted ha estado hablando hace poco con un tipo que, seguramente, le dijo se llamaba Morris.

—Sí, ése fue el nombre que dio. Galton Morris, señor Quax.

—Sólo espero que Morris no tenga un hermano gemelo —refunfuñó el joven—. ¿De qué

hablaron?

—Me preguntó si conocía a dos tipos llamados Hards y Keany. Yo le contesté que alguien los había «apiolado» hace tiempo, eso es todo.

—¿Nada más, Ray? —preguntó Quax, decepcionado.

—Bueno, él quería saber si yo había visto hablar a Hards y a Keany con algún tipo, poco antes de que muriesen. Le contesté afirmativamente, claro.

—Entonces, usted los vio… ¿Cómo era ese tipo, Ray?

—Alto, como usted, pero más delgado, de unos cincuenta y tantos años, nariz ganchuda… Vestía elegante y era distinguido, no recuerdo más.

—El mismo que te dije yo, Tony —intervino Betty.

Quax entregó unos billetes al confidente.

—Eso es todo, gracias, Ray —dijo.

Michaels se llevó la mano nuevamente a la gorra y se alejó. Quax y Betty quedaron solos.

—Te veo preocupado —observó ella.

Quax asintió. Tomó su copa y bebió un trago.

Betty se colgó de su brazo.

—¿Por qué no nos vamos a un lugar menos concurrido? Me gustaría mucho ayudarte a perder esas preocupaciones —dijo, insinuante.

—No creas que no me gustaría, pero ahora no me es posible, hermosa.

—¿Es muy importante para ti encontrar a ese Morris?

—Morris está muerto. Lo que pasa es que alguien ocupa su puesto y no se me ocurre ahora quién es el que tiene interés en suplantar a un tipo que está muerto.

—Quizá no lo sabe, Tony —opinó Betty.

—Es posible. —Quax sonrió a la vez que contaba diez billetes de cinco libras—. Te los mereces, preciosa.

Ella suspiró hondamente, mientras permitía que los billetes pasaran al interior de su cálido escote.

—Cambiaría ese dinero por un par de horas a solas contigo —dijo.

Quax palmeó la mejilla afectuosamente.

—Vendré a pasarlas cuando menos lo esperes —prometió.

* * *

—De modo que hay un tipo que se hace pasar por Morris —dijo Kenner una hora más tarde.

—Así es, señor, pero no se me ocurre quién pueda ser. Yo mismo, con algunos kilos de menos, podría representar ese papel —dijo el joven.

—Un tipo alto, delgado, elegante y de nariz ganchuda —murmuró Susan.

—Más o menos —confirmó Quax.

Susan meneó la cabeza.

—No, no puede ser —dijo.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó él.

—Iba a decir mi tío…, pero, aparte de que está muerto…

—¿Se ha encontrado su cadáver?

—Tony, el que cae por aquel barranco, es hombre muerto, aunque no le hayan pegado un tiro, como hicieron con mi pobre tío.

—Muy bien, usted tiene razón, pero ¿qué más iba a decir, Susan?

—Mi tío era alto y delgado. Sin embargo, no tenía la nariz ganchuda y era bastante desaliñado en el vestir.

—Y una mujer, hábilmente disfrazada, ¿no podría desempeñar también ese papel? —sugirió Kenner.

—¿Qué mujer? —preguntó Susan.

—Tengo entendido que, en tiempos, Alina Sutterland fue actriz de teatro, aunque muy mediocre, por eso abandonó el oficio para pasar a desempeñar otro más lucrativo y que no es preciso mencionar. Pero siempre habrá conservado el hábito de caracterizarse según los papeles.

Quax hizo un gesto de asentimiento.

—Y de todos los consocios, ella es la única que no ha sido afectada por el C-400 —exclamó.

—¡Pero estaba en casa a la hora en que el supuesto Morris se hallaba en el Three Flashes! —dijo Susan.

—¿Está usted segura, muchacha? —preguntó Kenner.

—Bueno, a decir verdad, no estuve todo el rato con ella…

—Alina no pudo ser —aseguró Quax.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—¿Qué objeto tendría ir al Three Flashes para hablar sobre Hards y Keany, cuando todo lo que quisiera saber sobre dichos sujetos, se había hablado aquí ya?

—Entonces, si no es Alina, ¿quién diablos es?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Kenner dijo que se sentía muy fatigado.

Quax y la muchacha se quedaron solos.

—¿Es que no vamos a poder resolver este enigma? —se quejó ella.

Quax se encogió de hombros.

—En alguna parte debe de estar al cabo del hilo que nos permitirá llegar al ovillo —contestó sentenciosamente.

—Pero hace falta encontrarlo, Tony.

—Quizá lo encuentre yo debajo de mi almohada.

Era una alusión bastante directa y Susan sonrió.

—Ojalá esa consulta dé el resultado apetecido —deseó.

* * *

Por la mañana, Kenner perdió el antebrazo.

Ya había perdido todos los huesos de la muñeca. De pronto, al hacer un movimiento un tanto brusco, se le desprendieron el cúbito y el radio.

Los huesos chasquearon lúgubremente al chocar contra el suelo. Una pequeña nube de polvo

gris se elevó en la atmósfera.

Kenner sufrió un síncope. Susan estuvo a punto de desmayarse.

Era horroroso ver a un hombre convirtiéndose gradualmente en ceniza, sin poder evitarlo. Quax, sobreponiéndose a la impresión sufrida, trató de socorrer a la pareja.

De pronto, sonó el teléfono.

Era Alina.

—Ven, Tony —llamó la mujer.

—¿Sucede algo?

Alina dudó un momento.

—Ven…, antes de que sea demasiado tarde. —Y cortó la comunicación.

Quax sintió que se le erizaban los cabellos. A pesar de la distorsión causada por el hilo telefónico, había podido captar en la voz de Alina una nota blanda, algodonosa…, como la que había percibido en otras personas atacadas por el C-400.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta. Susan corrió tras él.

—No quiero dejarle solo —dijo.

En realidad, no quería quedarse sola con Kenner.

Media hora más tarde, llegaban al departamento de Alina.

La puerta estaba entreabierta. Entraron y vieron a la mujer derrumbada sobre un diván.

La piel de Alina aparecía horriblemente cenicienta, pero aún vivía.

—Hola… —dijo, hablando con dificultad—. Me…, me desintegro.

—¿Quién ha sido? —preguntó Quax, a la vez que se arrodillaba frente a Alina.

—Una mujer… No la conocía… Dijo ser vendedora de cosméticos…

—¿Vendedora de cosméticos? —Se sorprendió Susan.

—Sí… Me enseñó muestras de sus productos y algunas cajitas con perfumes sólidos… En una de las cajas había un saliente y me pinché… O me pinchó ella… No lo recuerdo bien… Me parece estar dentro de una nube muy espesa…, cada vez más espesa…

Quax se dio cuenta de que la pérdida de conocimiento se acercaba con singular rapidez.

—Alina, ¿cómo era la mujer? Descríbala —gritó.

—Tenía unos cuarenta años… Bastante guapa… Pelirroja… Vi un diente de oro… en el maxilar superior, a la izquierda…

La voz de Alina se convirtió repentinamente en un soplo ininteligible. Su pecho dejó de moverse.

Quax se puso en pie. El proceso de incineración se consumiría rapidísimamente.

Unos minutos más tarde, aquella hermosa mujer, a la cual había tenido entre sus brazos, se convertiría en un montón de huesos, tétricamente blanqueados. No, no quería verlo, se dijo, mientras tiraba de Susan hacia la salida.

Tardaron mucho en hablar, durante el viaje de regreso. Susan fue la primera en romper el prolongado silencio que reinaba entre ambos.

—Las sospechas sobre Alina eran infundadas, Tony —dijo.

El puño de Quax golpeó furiosamente el volante del coche.

—Pero ¿quién? ¿Quién fue al Three Flashes? ¿Quién era la mujer que ha asesinado a Alina? —

exclamó con voz crispada.

—No pronunció su nombre, pero, en cambio, dio una buena descripción física —recordó Susan.

—Hay miles de mujeres como la que nos señaló Alina —contestó él.

—Sí, pero sólo una relacionada con el C-400.

—Bien, es cierto. Sólo nos faltan dos detalles insignificantes: nombre y dirección.

De pronto, Susan empezó a darse golpecitos en los dientes con la yema del índice.

—Cuarenta años, guapa, exuberante, pelirroja y con un diente de oro —murmuró—. Y, además, claro, relacionada con el C-400.

De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está. Tony! —exclamó.

Quax volvió la cabeza. Susan le hizo que atendiese a la conducción del automóvil.

—¿Quiere que nos estrellemos contra un árbol? —le recriminó.

—Susan, ¿es que no va a decirme el nombre de la asesina, de Alina? —exclamó él, hirviendo de impaciencia.

—Sí, hombre, sí. Es la señora Magruder, el ama de llaves de mi tío, el doctor Daniels —contestó ella.

CAPÍTULO XIV

Atardecía ya cuando llegaban a Black Falls Manor. El lugar aparecía solitario y silencioso.

Sólo se percibía el rumor de la cascada y el siseo de la brisa en los árboles. Quax se apeó y Susan le siguió en el acto.

El joven había llevado su revólver consigo, a prevención. Después de revisarlo, se lo metió en la pretina del pantalón, a fin de poder sacarlo con rapidez, en caso necesario.

Avanzaron hacia la casa. Susan tenía una llave y abrió.

—¿De dónde ha sacado esa llave? —preguntó Quax.

—Siempre tuve una. Mi tío me la dio, a fin de que pudiera venir aquí cuando me apeteciera. Es preciso reconocer que Black Falls Manor es un lugar muy pintoresco y agradable.

—Sí, si no se hubiese elaborado aquí la medicina del diablo —rezongó él.

Buscó el interruptor y encendió la luz.

—El generador funciona —comentó.

—Hay dos, uno de los cuales funciona automáticamente, si el otro se para por cualquier motivo. Además, existen unos potentes acumuladores de reserva, continuamente cargados, como la batería de un automóvil, con lo que el suministro de luz queda garantizado de un modo absoluto.

—Bien, pero me imagino que habrá algo para mover los generadores —dijo Quax.

—Por supuesto, un tanque de combustible en lo alto de la colina, con capacidad para cincuenta mil litros. Ello facilita el suministro de gas-oíl a los generadores, sin necesidad de demasiadas complicaciones.

—Cincuenta mil litros —silbó él—. Su tío era notoriamente precavido.

—Contar con una reserva semejante de combustible era tener comodidades y no se le puede reprochar que tomase tales precauciones, creo yo.

—Cree usted muy bien —sonrió el joven—. ¿Venía usted aquí con frecuencia?

—Últimamente, hacía casi dos años que no había aparecido por Black Falls Manor. Estuve muy ocupada con los niños.

Quax abrió la boca asombrado al oír aquella confesión. Fue a decir algo, pero un sentimiento de discreción le impidió solicitar más detalles a la muchacha.

«¿Quién lo hubiera dicho? Tan joven y ya tiene unos cuantos hijos», pensó, en cierto modo decepcionado por la inesperada declaración.

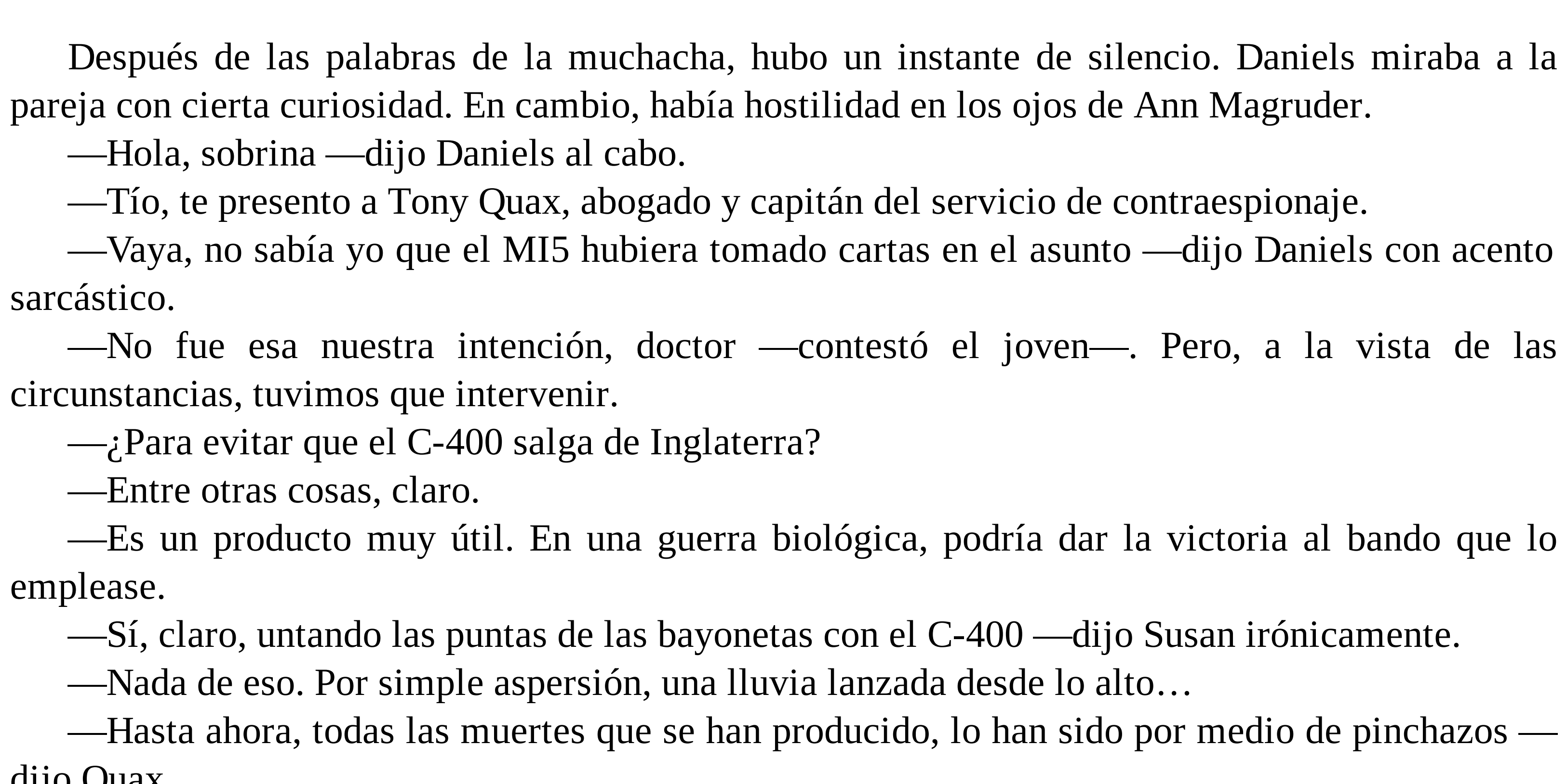
—Sigamos —dijo.

Cruzaron el vestíbulo. Susan, resuelta, se dirigió a la puerta del laboratorio y la abrió de golpe.

Había dos personas en aquella vasta estancia, brillantemente iluminadas, una de ellas, el hombre, vestido con una bata blanca. La otra era una pelirroja de unos cuarenta años, guapa y de exuberantes contornos.

—Hola, tío Vinson —saludó Susan.

* * *



Después de las palabras de la muchacha, hubo un instante de silencio. Daniels miraba a la pareja con cierta curiosidad. En cambio, había hostilidad en los ojos de Ann Magruder.

—Hola, sobrina —dijo Daniels al cabo.

—Tío, te presento a Tony Quax, abogado y capitán del servicio de contraespionaje.

—Vaya, no sabía yo que el MI5 hubiera tomado cartas en el asunto —dijo Daniels con acento sarcástico.

—No fue esa nuestra intención, doctor —contestó el joven—. Pero, a la vista de las circunstancias, tuvimos que intervenir.

—¿Para evitar que el C-400 salga de Inglaterra?

—Entre otras cosas, claro.

—Es un producto muy útil. En una guerra biológica, podría dar la victoria al bando que lo emplease.

—Sí, claro, untando las puntas de las bayonetas con el C-400 —dijo Susan irónicamente.

—Nada de eso. Por simple aspersión, una lluvia lanzada desde lo alto…

—Hasta ahora, todas las muertes que se han producido, lo han sido por medio de pinchazos —dijo Quax.

—Porque no empleé la combinación C-400-A.C. Estas dos últimas letras significan ácido corrosivo, que se incluye en la mezcla y produce escoriaciones y quemaduras en la piel, a través de las cuales penetra el producto en el organismo. El ácido, una mezcla de ácidos mejor dicho, lo cual, por supuesto, forma parte de mi fórmula, no perjudica ninguna de las propiedades de C-400.

—Por lo que yo sé, las personas que han muerto hasta ahora no fueron rociadas con el C-400, sino que entró en su cuerpo a través de la sangre.

—Una rociadura, tal vez con una jeringa o una pistola de agua, habría resultado espectacular y en este caso, a mí me convenía la discreción —respondió Daniels, impasible.

—Pero hemos podido apreciar que, en determinados casos, el procedimiento de descomposición del cuerpo humano es rapidísimo. Gates y Kenner están aún vivos, mientras que los otros murieron rápidamente.

—Ah, sí —contestó Daniels, con expresión llena de indiferencia—; a ellos les apliqué el C-401. Es de acción incomparablemente más rápida; observados sus efectos en una muestra a través del microscopio, la disgregación primero y posterior descomposición de las células, se produce a enorme velocidad.

—¿Por qué la diferencia, tío? —Quiso saber Susan.

—Encontraba que era un procedimiento demasiado lento. Simplemente, no podía perder tiempo, muchacha.

—Un amigo mío, biólogo, está tratando de hallar el antídoto que permita salvar las vidas de Gates y de Kenner —dijo Quax—. Tiene una parte del clavo que usted colocó en un armario, en Slander Farm.

—No lo conseguirá —dijo Daniels.

Quax sintió de pronto una terrible ira contra el científico.

—¡Usted los ha condenado a muerte! —barbotó.

—¿Y qué hicieron ellos conmigo? —gritó Daniels—. ¿Acaso no se da cuenta de que tengo

motivos sobrados para mi venganza?

—Tío, tú pudiste haberte vengado de otro modo… Lo que has hecho es horripilante —gimió Susan.

—Tendrías que haber estado en mi puesto, para comprenderme —repuso el científico, inflexible—. Ciertamente, yo podría salvar a Kenner y a Gates, pero no lo haría por todo el oro del mundo.

—Tío, me avergüenzo de ti —dijo Susan llorando—. Si mi madre, que fue hermana tuya, viviese, te diría lo mismo.

—Déjelo, Susan —intervino Quax—. El doctor Daniels no hará caso de ninguna consideración. Sólo le interesa su venganza… y también, quizá, el dinero que espera obtener por la fórmula C-400. ¿Me equivoco, doctor?

—Es posible —contestó el aludido tranquilamente.

A su lado, en pie, Ann Magruder presenciaba la escena en completo silencio, inmóvil como una estatua, salvo las oscilaciones de su busto opulento. Pero sus ojos espiaban el menor de los movimientos de la pareja.

* * *

Quax fue el primero en hablar de nuevo, tras una corta pausa.

—Doctor, usted se caracterizó de Morris, cosa que está fuera de toda duda. ¿Por qué lo hizo?

—Morris fue el inspirador del plan para eliminarme, aunque los demás estuvieran también de acuerdo. Simplemente, quise que los otros pensaran que Morris tenía la fórmula y que quería suprimirlos, para quedarse él solo con los beneficios.

—Pero Morris ha muerto y no por el C-400 —dijo Quax.

Daniels se encogió de hombros.

—Está muerto y eso es lo que me interesa —respondió—. Debió de pasar un miedo horrible, pensando en que en cualquier momento, podía convertirse en ceniza. Es lo que él deseó para mí, cuando contrató a aquellos asesinos.

—Le arrojaron al barranco, después de haberle pegado un tiro. ¿Cómo pudo sobrevivir?

Daniels se llevó una mano a la nuca.

—La bala interesó solamente los músculos del cuello, aunque, por la herida, podía parecer que había entrado en el cráneo, al que, por cierto, rozó ligeramente. Y no caí al barranco por completo, sino que quedé enganchado en unas ramas a poca distancia del borde. Esta mujer que tengo al lado fue la que me salvó la vida —contestó, señalando a la señora Magruder.

—Y le ayudó a la venganza también, porque ella fue la que mató a Alina Sutterland.

—Sí —admitió Ann, rompiendo el silencio por primera vez—. Yo quería al doctor y ellos trataron de matarlo. Cuando me pidió que fuese a ver a la señora Sutterland, accedí sin vacilar.

Quax miró alternativamente a la pareja.

—¿Se han casado ustedes? —preguntó.

—No —respondió Daniels.

—¿Fue usted el que llevó el esqueleto de Freya a casa de Alina?

—Sí. Resultó una buena broma, ¿verdad? Y, al final, mi profecía se cumplió.

Quax meneó la cabeza.

—No soy sanguinario, pero me hubiera gustado tener mejor puntería con mi bala —dijo—. ¿A qué fue usted a Slander Farm?

—Digamos a hacer una visita de inspección, por si Morris volvía allí —contestó Daniels.

—¿Le herí efectivamente?

—Sí, aunque sólo es un rasguño sin importancia en el costado izquierdo. Su bala no estaba impregnada de C-400 —rió el científico.

—Pero no acabo de entender aún por qué rompió usted el compromiso que tenía con quienes habían sufragado sus investigaciones. Le entregaron cien mil libras…

—Muchacho, querían la fórmula para venderla a quien mejor les pareciese y, créame, no hubiera sido inglés el comprador. Por eso rompí el compromiso, ¿entiende?

—Sin tratar de llegar a un arreglo siquiera.

Daniels alzó los hombros.

—Ellos buscaron el arreglo a su manera —contestó—. Jugaron y perdieron, eso es todo. Ann, ¿quieres darme un cigarrillo?

—Sí, querido.

El ama de llaves sacó un paquete de tabaco, del que eligió un cigarrillo que entregó a Daniels. Éste se lo puso entre los labios, mientras la mujer buscaba unos fósforos.

De pronto, Daniels lanzó una exclamación y se quitó el cigarrillo de la boca.

—¡Diablos! ¿Qué clase de tabaco es éste? Me he pinchado en el labio inferior…

Daniels examinó la boquilla. De repente, agarró unas pinzas y extrajo del cuerpo posterior del cigarrillo una pequeña aguja.

Quax y la muchacha contemplaban atentamente la escena. Quax se sintió atacado de repente por una horrible sospecha.

Había un extraño brillo en los ojos del ama de llaves. Casi en el acto, Daniels lanzó un agudísimo chillido:

—¡Me has envenenado, Ann!

* * *

Antes de que ninguno de los presentes pudiera hacer nada, Ann sacó un revólver de uno de los bolsillos de su vestido y dio unos pasos atrás.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó—. Mataré al que dé un solo paso.

Con la otra mano, agarró su bolso, que Quax estimó era bastante pesado.

—Sí, te he envenenado —confirmó Ann—. Tengo aquí todos tus apuntes y todas tus notas, aunque dijiste haberlos destruido. Y también tengo comprador para el C-400. ¿Creías que iba a conformarme con la miseria que nos pagaría el gobierno inglés? Ah, no, no he estado haciendo de esclava tuya, en todos los sentidos, durante todos estos años, para recibir una miseria. —El acento de la mujer rebosaba odio, pero también cierta morbosa satisfacción—. Seré inmensamente rica… y tú te convertirás en un asqueroso montón de huesos pelados y malolientes, que acabarán en

cualquier vertedero…

De repente, se oyó afuera un chirrido de frenos. El ruido distrajo un momento a la mujer.

Daniels aprovechó la ocasión y le arrojó un frasco a la cara. El vidrio se rompió y el líquido que había en su interior le mojó por completo. La piel se cortó por algunos sitios y la sangre empezó a correr.

—Creo que no disfrutarás de ninguna clase de riqueza, Ann —dijo Daniels, mientras ella, aturdida todavía, intentaba limpiarse la cara. Al mismo tiempo, aprovechó para hacerse con su revólver.

—Cuidado —dijo Quax, apuntando a Daniels con el suyo—. Tire el arma o haré fuego.

Daniels se echó a reír, a la vez que lanzaba el arma al otro extremo del laboratorio.

—Ella también se va a convertir en ceniza, así que, ¿para qué consumir un cartucho?

La puerta se abrió de pronto. Kenner y Gates aparecieron en el umbral.

—¡Daniels! —gritó el primero—. ¡El antídoto! ¡Queremos vivir!

—No hay antídoto —contestó Daniels—. El proceso de descomposición es irreversible.

Hubo un momento de silencio. Susan creía desfallecer de horror.

De pronto, Kenner echó a andar hacia Daniels.

—De modo que no tenemos salvación —dijo.

—No. Ni yo, ni esta condenada que tengo al lado. Los cuatro vamos a morir, convertidos en ceniza.

Súbitamente, Gates lanzó una atronadora carcajada. Tenía su brazo izquierdo envuelto en un gran trapo y lo dejó al descubierto.

Quax retrocedió unos pasos, llevándose a Susan consigo. Con la mano sana, Gates empuñó los huesos de su propio brazo y atacó furiosamente a Daniels.

El científico chillaba como un poseído. Uno de los golpes le hizo caer al suelo y entonces agarró uno de los trozos del frasco que había contenido el funesto líquido. Todavía tendido en el suelo, rasgó la carne de la pierna de Gates, a la vez que lanzaba una estentórea carcajada.

—Ceniza, tú también serás ceniza —chilló, perdida por completo la razón.

Ann permanecía aturdida, como incapaz de comprender lo que sucedía a su alrededor. Daniels se puso en pie, con otro trozo de cristal, y se arrojó contra Kenner, al que rasgó toda una mejilla.

—Rápido, rápido, todos ceniza, todos ceniza… —aullaba como un poseído.

Quax retrocedió hasta la puerta, sin dejar de tener el revólver a punto, mientras que con la otra mano arrastraba a Susan. La muchacha creía estar padeciendo una pesadilla.

Salieron fuera. Susan se apoyó en la pared y rompió a llorar desconsoladamente.

De pronto, se oyeron unos cánticos extraños.

Asombrado, Quax, volvió a asomarse. La escena le hizo dudar de su propia estabilidad mental.

Agarrados de la mano y de los brazos, como podían, cuatro personas bailaban una macabra danza en el centro del laboratorio.

—Ceniza, ceniza, somos ceniza… —cantaban los tres hombres a voz en cuello.

Ann se resistía frenéticamente, pero no podía desasirse de aquel círculo infernal. Era evidente que la locura de la desesperación se había apoderado de los tres hombres.

Uno de ellos cayó de pronto al suelo. Los otros tropezaron y cayeron encima. Daniels tiró de

Ann y la hizo unirse al montón.

—Ven, ven a la ceniza… —jadeó con voz algodonosa, que era ya preludio de la muerte.

Ann no dijo nada, ya no podía hablar.

De pronto, Quax tiró de la muchacha y la arrastró hacia afuera.

—Suba al coche y espéreme a lo lejos —ordenó.

Ella obedeció sin replicar. Quax miró a su alrededor y no vio ningún otro coche. Probablemente, Kenner había dado orden a su chófer de que se volviera a casa. «Quizá pensaba quedarse para una larga sesión de cura, junto con Gate», especuló.

Pero ya no quería perder más tiempo. Subió a la colina y abrió los grifos del gran tanque de petróleo. El combustible empezó a correr por la ladera.

Bajó a la casa y se asomó al laboratorio por última vez.

Había un gran bolso tirado en el suelo. Contenía todos los documentos relativos al C-400, pero Quax no quiso ni tocarlo.

Un poco más allá, había un gran montón gris, por el que ya empezaban a asomar los huesos blancos. Quax se dijo que la mejor solución era pegarle fuego a todo.

Al poco rato, el petróleo, desparramado, empezó a penetrar en la casa, a la vez que se extendía a su alrededor. Quax había preparado ya una antorcha y encendió un fósforo.

* * *

—Necesito saber cuánto vale su casa de Black Falls Manor —dijo el joven unos días más tarde.

—¿Por qué, Tony?

—Yo la incendié. Debo compensarle por la pérdida de una propiedad que, aparte de los fines a que fue destinada, era muy bonita. El paisaje es encantador y merece la pena edificar de nuevo allí. Cuando haya olvidado todo, por supuesto.

—¿Cree que olvidaré algún día, Tony? —dijo Susan tristemente.

—Es joven y tiene tiempo de sobra. Dentro de unos años, todo esto que le ha pasado le parecerá un sueño. El tiempo todo lo cura, se lo aseguro.

—Sí, quizá —suspiró la muchacha—. ¿Qué dice su amigo Barrow?

—Está muy enfadado conmigo porque no le di los apuntes del doctor Daniels. Y no digamos nada en mi oficina; me han obligado a dimitir. Pero, en conciencia, yo no podía permitir que se elaborase una fórmula como la del C-400 o el C-401. Los huesos han sido incinerados y…

—Ha hecho bien —aprobó Susan—. Y en cuanto a lo de la casa, no se preocupe; no es cosa que me corra demasiada prisa.

—Pero usted tiene sus niños… Si la reconstruyera, es un lugar maravilloso para los chiquillos… Claro que habría que colocar una barandilla protectora en el barranco…

—¿A qué niños se refiere, Tony?

—Usted me dijo que tenía hijos… Aunque no precisó su número.

Susan se echó a reír.

—Yo me refería a los niños de un jardín de infancia, en el que soy profesora —contestó.

—Vaya —resopló Quax—. Y yo que había creído que…

De pronto, la abrazó con fuerza.

—Susan, ¿quieres casarte conmigo? Que yo sepa, es el mejor procedimiento para que tengas tus niños propios —dijo ardientemente.

—Vistas las cosas desde esa perspectiva, no me queda otro remedio que acceder —contestó la muchacha, con sonriente expresión.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Solo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.